

S E M E J A N Z A S

Mario Orozco Rivera

**GOBIERNO DEL ESTADO DE VERACRUZ
DE IGNACIO DE LA LLAVE**

Javier Duarte de Ochoa
Gobernador del Estado

Flavino Ríos Alvarado
Secretario de Gobierno

Elvira Valentina Arteaga Vega
Directora General de la Editora de Gobierno

Murales: Mario Orozco Rivera

Fotografías de Mario Orozco Rivera: Archivo familiar de Paloma Orozco

Fotografías de murales de Mario Orozco Rivera: Héctor Montes de Oca

Primera edición: 2015

ISBN: 978-607-97017-3-4

©Derechos reservados

Editora de Gobierno del Estado de Veracruz

Km 16.5 de la carretera federal Xalapa-Veracruz

C.P. 91639, Emiliano Zapata, Veracruz, México

Hecho en México

Wainwright River



Detalle del mural *Defensa, continuidad y destino de nuestra cultura*, 1958.
Técnica: acrílico sobre aplanado de cemento blanco, polvo de mármol
y cuarzo. Fotografía: Héctor Montes de Oca.

PRESENTACIÓN

Mario Orozco se pintaba solo.

Al calor de las conversaciones amistosas, surgió la idea de registrar algo de lo que decía, por su importancia o por su carga de ingenio. Con ello se podría amenizar un encuentro posterior. Pronto, el cúmulo exigió una orientación y pasó a un proyecto de entrevista periodística.

Cuartillas después, aparecía otra, de su puño y letra y sobre temas no abordados. Los textos autobiográficos reclamaban un espacio en el conjunto acumulado hasta sugerir que se integraran en un libro. Una entrevista convertida en libro, propuso.

Aventuré los primeros párrafos.

Mario es un creador, ejerce oficio de pintor, escultor, poeta, rebelde; oficios que aprendió haciéndolos porque así se aprenden los oficios, en constante movimiento, sin perder el rumbo hacia la consumación de su aprendizaje fundamental: el oficio de hombre.

En su estudio de San Ángel, calle Santísimo número 32, puertas y ventanas abiertas y el radio a todo sonar, se le puede ver de aquí para allá y de allá para acá frente a un bastidor, ajeno a la observación de sus vecinos niños o viejos; salpicado de colores liberados de latas y botes donde los vendedores pretenden confinar las fracciones del iris que artistas como él pueden trasladar a los cuadros de modo que armonicen con los sentidos humanos abiertos a la belleza. Así es como da gusto verlo, con ropa de pintar, no

de pasear y presumir, como se viste cuando no pinta y dice que se siente como un gallo desplumado.

Pero uno se pregunta, ¿ese gallo desplumado no es parecido al pájaro que para oírle cantos más bellos había que arrancarle los ojos según la recomendación de Picasso? A Mario, el no pintar lo induce a escribir, a hacer poesía, pensar y repensar su encuentro con un nuevo bastidor en el caballete, o a tañer la guitarra para acompañar canciones propias.

Quien sepa poco sobre su vida o aun quienes lo conocen pueden preguntarse: ¿por qué no monta exposiciones?, ¿por qué no se le ve en galerías, programas televisivos, páginas periodísticas? Él contestaría: “Porque si me dedico a la promoción, no me quedaría tiempo para la creación; sería como aquellos que por falta de obra necesitan dedicarse a la propaganda”.

8

Se le pueden acreditar decenas de exposiciones individuales y colectivas, a partir de 1953 cuando realizó la primera, individual, en el Círculo de Bellas Artes.

En 1998, su obra mural y escultórica se pudo apreciar en el Museo de Arte Moderno; el Museo Tecnológico de la Comisión Federal de Electricidad; en la Universidad Autónoma de Puebla; en diversos edificios de la Universidad Veracruzana; en el Tribunal Superior de Justicia del Estado de Veracruz, localizado en Xalapa; en murales y fuente monumental del ahora Centro del Comercio Internacional de México; el Hotel Casino de la Selva de Cuernavaca; el Cine Carrusel; el Salón de Acuerdos del H. Consejo Técnico del IMSS; el Banco Regional del Pacífico en Culiacán; la Embajada de Polonia en México; el Edificio del Grupo Ferrer; el Polyforum

Cultural Siqueiros; el Centro Cultural José Martí; el Palacio Municipal de Huatusco; el Foro Cultural Coyoacanense; el Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec; la Secretaría de Educación Pública; la antigua aduana y el Museo Iconográfico del Quijote, en Guanajuato.

Muchos lo conocen como pintor, muralista, escultor, cuentista, poeta y cantor guitarrero.

Durante la celebración del aniversario de la Revolución Cubana, el 26 de julio de 1968, en el auditorio de la Escuela Superior de Economía, después de haber oído cantar a Mario, escuchamos el coraje de compañeros estudiantes golpeados por la policía cuando llegaron al Hemiciclo a Juárez, en una marcha de protesta por represiones anteriores; entre ellas, la de tres días antes a estudiantes de la Escuela Vocacional número 5. La incompreensión de los espectadores estaba a punto de acabar con la atención hacia los reprimidos y con el festival mismo; pero Mario, guitarra en mano, habló durante unos minutos, hizo propuestas y el festival se convirtió en asamblea permanente. Ahí se declaró la huelga indefinida y se redactó el Pliego Petitorio enarbolado por el Movimiento Estudiantil.

Existen muchos testimonios del reconocimiento nacional e internacional a su obra. Con verlo y oírlo, aceptando más sus monólogos que diálogos, puede llegarse al punto de sentirlo desbordarse en generosidad de afectos. También es posible percibir el accionar en sí de un recurso interno que le recuerda el rigor autoimpuesto para disciplinar sus sentimientos y alertarlos hasta evitar que quienes entran en su corazón pretendan apropiárselo.

—Sería un libro-objeto de arte —reflexionaba.

Y agregaba o quitaba algo.

El título que al final predominó fue *Semejanzas*.

Más tarde decidió que mi participación no fuera como coautor, sino como prologuista.

En 1997, después de tener preparado el proyecto, dijo que no tenía prisa.

En 1998, en enero, recién cumplidos sus 68 años, escribió lo que según dijo podría ser el prólogo; y siguió pintando y escribiendo, hasta el 20 de noviembre.

Se irritaba cuando alguien pretendía interpretar sus cuadros.

Fue implacable ante las conjeturas despertadas por un hombre que pintó, joven con sombrero de palma y ala ancha calado hasta la frente, portando chaleco negro de lana gruesa sobre una camisa blanca, cuyas manos muy desarrolladas y callosas sostienen a la altura del pecho una flor con pétalos color de rosa, encarnados, en torno a un núcleo azul.

—*¿Es posible que a estas alturas del avance científico, cuando la genética ha evolucionado tanto, no puedas imaginarte una flor con esas características?*

¡Cómo lo recordé, diez años después de su muerte, al leer en un diario capitalino la nota informativa ilustrada con fotografías en primera plana, sobre personas que han nacido con más de veinte dedos, en una región donde realizan el riego agrícola con aguas residuales, en el estado de Puebla!

Si tú no puedes ver o imaginar algo fuera de lo convencional, no significa que todos piensen o actúen a tu manera. No te gustó esa mujer con seis dedos en cada mano, lo sé; en tus ojos vi desaprobación, no sorpresa. ¿Acaso

niegas las mutaciones genéticas sufridas por diversas especies a consecuencia de la alteración del medio en que viven? ¿Acaso crees que la especie humana está exenta de tales efectos a consecuencia del envenenamiento del aire, el agua y la tierra? ¿Por qué crees que las alimañas huyen del hombre? No es por respeto ni por miedo, es porque apesta debido a la diversidad de lo que come y bebe. Sin embargo, todo el mundo está condicionado para ver las cosas así, por eso le borré el sexto dedo, porque necesito vender...

El arte se adelanta a la ciencia, a la técnica y muchos de sus alardes. Yo pinté una masacre, en un mural de Córdoba, Veracruz, con una arquitectura de fondo que diez años después era posible contemplar en la Plaza de las Tres Culturas, donde sucedió la matanza del 2 de octubre de 1968.

Siqueiros pintó la explosión de la bomba atómica varios años antes que la hicieran explotar sobre Hiroshima y Nagasaki; el cuadro se llama Explosión en la ciudad.

11

—Mira ese cuadro —me había dicho en una ocasión—, se llama Nave anatómica interespacial estática pidiendo auxilio a nadie, es un tronco torácico, un tronco en el espacio; es un hombre mutilado por los cuerpos celestes, por el afán de prevalecer en el espacio sideral se volvió nave espacial, pero se le agotó el combustible y está suspendido en el espacio cósmico sin brazos, sin pies, sin cabeza, sin ojos, sin oídos, sin corazón, sin futuro, sin memoria, sin nada, en la nada, por nada...

Poco después, en 1996, produjo el *Niño cósmico*, un nene que nació en el espacio y allá se quedó, suspendido, intentando dar un paso. Empezaba la década de los noventa del siglo pasado, había pintado paisajes y flores galácticas, después de una serie sobre Chiapas a la que llamó *¡Ya basta!*, en referencia al levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.

—¿Qué piensas cuando te plantean que es necesario revivir el muralismo mexicano?— le pregunté.

—*Me lo plantearon en Chile, recientemente, y les dije: para que reviva el muralismo mexicano es necesario quitar todas las alegorías; hay que vivir, hacer trabajo de campo, convivir con el pueblo, con los intelectuales, con los políticos. No me interesan el indigenismo ni el folclorismo. Latinoamérica es un jardín étnico, y esa multitud de culturas que vinieron de Europa, Asia, África han dejado huella imborrable. ¿Qué es Latinoamérica para los chilenos y mexicanos? Es mucho más que el discurso historicista.*

Frente a un cuadro donde plasmó el drama de unas limosneras, *Activa y pasivas*, me dijo:

—*Eso me hace reflexionar, pensar en muchas cosas; me indigno por tanta miseria y dolor de las mayorías, mientras hay pocos que viven hartos; hasta me hace llorar... por eso los cuadros sobre árboles y flores son para mí un descanso, sin que por ello, al realizarlos, tenga que ser inferior la técnica, el color y la luz. ¡Más allá del mensaje, deben tener un alto nivel estético!*

12

Le pregunté un día:

—¿Tienes proclividad por esos temas que te hacen sufrir?

—*Mi proclividad es hacer arte, mi anhelo es hacer arte a niveles muy altos; eso sólo se logra con muchos años de ejercicio, disciplina, horas y horas, salud física, salud mental, pobreza; estar dispuesto a ser explotado, humillado, todo eso que es parte de este trabajo por el arte. Te calas si vas a poder o no, y hay quienes no pueden: a medio camino se ponen a hacer concesiones, a repetirse, a buscar la producción comercial.*

—Y bien, Mario, ¿qué debo pensar frente a estos dos cuadros? *Activa y pasivas* frente a *Mujer que ofrece fruto en flor*: uno expresando

el dolor de las limosneras famélicas, tres sumidas entre sus brazos y rodillas, envueltas en el rebozo casi en posición fetal; y otra, activa, triste, con un lento andar de pies descalzos, vestida de harapos; todas en colores tenues, sobrios, tristes, frente a una burguesa rozagante, fornida, de boca crecida por la alegría, bajo un sombrero inmenso y con festivos arreos...

—¿Mira lo que soy capaz de hacer? ¿Mira que puedo moverme con absoluta libertad entre ambas realidades? Yo no tengo prejuicios; puedo darle a cada uno de mis personajes el gestual correspondiente, porque yo amo a mis personajes. Cuando plasmo a un personaje lo hago mi hijo y no pienso en moralidades: bueno, malo, generoso, villano, santo, limpio, sucio. Los amo igual; pero eso no me impide diferenciar qué es una burguesa y qué una mujer total y desesperadamente desolada.

La información cotidiana sobre México y el mundo me angustia, por eso me nutre para pintar y, claro, para incrementar mis males.

13

No te imaginas lo que significa levantarse sangrando, sábanas manchadas con sangre, ropa interior con sangre, sangre donde se va la vida que los males nerviosos quieren arrancarme. Pero aquí, me tienes, vivo, en guardia, después de la crisis de depresión, después que me asaltó la nada.

—Mario, ese reconocimiento a tu obra en Chile, ¿no te alegra?

—¡Claro que sí!, sobre todo por tantas coincidencias que existen entre los chilenos y los mexicanos. Fue un homenaje impresionante. El artista latinoamericano homenajeado en el Festival de Viña del Mar 1995; exposición de mi obra en varias ciudades chilenas, en Argentina y en Costa Rica, ofertas para trabajar allá... reconocimientos que no hay para mí en mi país. Pero no iré a trabajar allá. Yo soy piedra de estos caminos y aunque me

hagan a un lado, como piedra he de volver al lugar... sólo pienso en mi país, y todos mis últimos alientos serán como un fruto que dedica su semilla a esta tierra.

Yo soy guerrillero, lo soy de la pintura, de la poesía, de la literatura, del arte...

Frente al caballete, Mario grita, canta, habla, camina, ejerce su soledad y la disfruta porque dice que pintura y soledad son sinónimos; afirma que un cuadro no debe funcionar sólo de frente.

—Al pintar me muevo y busco que mi cuadro se mueva conmigo. ¡Ah, pero antes pudo haber sucedido que al bastidor yo le haya caído a uñazos o a cuchillada limpia!, sobre todo si la madera es encino, pues el encino resiste todo y tiene vetas inigualables.

Frente al caballete, un día, contemplando, a mi lado, me dijo:

—Míralo, es México. Sólo me falta firmarlo. Esa es la iluminación cenital de que te hablé, es cenital cósmica, de arriba abajo para iluminar todo, para bañar de luz áreas y formas. Ve ahí lo que es sacar luz de la pintura-pintura sino de la madera-madera, porque la madera tiene su propia luz. He pintado a México de acuerdo con los años que pasan, de acuerdo con el proceso que me toca vivir. México es incomparable, por eso lo he pintado tantas veces; sinónimo de tantas cosas, tantos dramas, tanta historia.

Contemplábamos a un hombre de pelo negro y lacio, con rasgos de los caballeros tigre y los caballeros águila: mirada desafiante, rostro adusto curtido por el viento, la lluvia, el polvo, el sol y el tiempo; cara con cicatrices y moretones. Hombre de bronce con puños apretados y nudillos callosos, a la altura del pecho; brazos endurecidos, con cicatrices; fosas nasales dilatadas. La boca con expresión de ira, labios alzados sobre los dientes que se mantienen

separados abriéndole paso a un grito. Torso desnudo y musculoso que induce a observar un luminoso hombro de caoba. En la esquina inferior izquierda se lee: MÉXICO 96.

—¿Firmarás el cuadro antes de salir a comer?

—*No. Mañana.*

—¿Por qué hasta mañana?

—*Porque al firmarlo sé que lo mato.*

—Amigo, hace pocos días te vi firmar un retrato de tu madre.

—*Yo le debía un retrato. Esa noche lloré. También escribí para ella: madre, cuando me buscaste yo no estaba; madre, cuando te busqué ya no estabas.*

Como él necesita una compañía que lo apoye pero que no estorbe, descubrió que lo mejor para el caso ha resultado la radio.

Para no errarle, al hablar con Mario conviene recordar que siempre ha sido un inconforme. Hace recordar a quienes, por la inconformidad con lo que les rodeaba crearon religiones y sistemas políticos, inventaron remedios para los males físicos, máquinas y aparatos diversos, descubrieron nuevos mundos. Pero, ¿quién que piense y sienta no habrá de ser un inconforme? Hay que oírlo.

Hay que vivir con los ojos abiertos, hay que leer entre líneas. Leer no es sólo leer libros, sino también leer rostros, cuerpos, actitudes, miradas, gesticulaciones; hay que abrir los corazones y la mente.

Parafrasea al Che Guevara:

—*Seamos realistas, exijamos lo imposible.*

—¿A qué rebelde admiras?

—*Admiro a todos los rebeldes; pero me cae mejor que todos, mi amigo Jesús de Nazaret, mi camarada.*

Qué privilegio es este disfrute de su amistad; departir con él, compartir la mesa y la fiesta de su presencia cargada de ingenio y genialidad. Pero también había que compartir el desencanto.

—El auge del muralismo, y de otras manifestaciones artísticas, distinguieron a México de otros países, gracias al compromiso que tenía con los creadores el Estado mexicano. En cuanto el gobierno adoptó el neoliberalismo, la cultura fue la primera víctima.

El Estado abandona a la cultura y los intereses del gran capital se encargan de destruirla.

La fuente de los genios, que construí junto al Polyforum Cultural Siqueiros, en el jardín del Hotel de México, fue destruida cuando cambió el proyecto y erigieron el World Trade Center. Requerían el espacio para ampliar el estacionamiento. Todo, ante la indiferencia de las ‘autoridades culturales’.

16

—Seguirás viviendo, porque tu obra te sobrevivirá.

—Tú conoces mi féretro y mi proyecto de la muerte. Hoy pinto con la misma entrega de siempre, pero me doy tiempo para escribir, para hacer poesía y música; escribo canciones, escribiré muchas, para cantarlas envuelto en mi petate, con toda la tranquilidad y el tiempo disponibles.

—Es cierto, conozco tu petate.

—¡Imagínate que con tu muerte des vida a un árbol pensante y hasta parlante, hacer más de lo que normalmente logra el viento... por el viento hablan los árboles; también por los pájaros. Un campesino como yo, sabe interpretarlos; yo dialogo con ellos; me comprenden, los comprendo. En los grandes espacios me siento más libre...

Se le acabó la vida antes de realizar el sueño de construir una casa con la arquitectura de un caracol, habitarla y trabajar a gusto, en El Conchal, Veracruz.

Su velorio fue muy concurrido.

Con un mural suyo al fondo, en el Foro Cultural Coyoacacense de la Delegación Coyoacán del Distrito Federal, se le rindió un homenaje póstumo. Ahí estuvieron sus cinco hijos. El ataúd estaba cubierto por una bandera del Partido Comunista Mexicano.

En el Panteón Jardín, mientras esperábamos ante la fosa, Gabriel Orozco hizo los trámites que culminaron con el arribo del muerto enseñando la melena revuelta y los pies blancos, envuelto en su petate; con él llegó un pequeño liquidámbar. Junto a los pies de Mario, recién sembrado el arbolito, vimos cómo sus hojas empezaron a moverse con el aire fresco que nos saludó.

17

En el año 2000 se presentaron tres exposiciones-homenaje en el Polyforum Cultural Siqueiros, en la Biblioteca México y en la Secretaría de Gobernación. Fueron muestras bien organizadas, bien montadas, ilustrativas de su larga y variada producción, dignas de él. En el Polyforum, a mitad del corredor donde hacia el lado exterior fueron instaladas mamparas de grandes dimensiones, para sobre ellas colocar los cuadros, frente a uno, una señora muy instruida hablaba del artista, su vida y su obra para guiar el recorrido del secretario de Gobernación, Francisco Labastida Ochoa, con su nutrida comitiva; cuando se oyó que dijo algo de una serie de cuadros cuyos colores evidenciaban que la evolución en el trabajo pictórico, el manejo profuso de colores devenía en “la etapa gris de Mario”... ¡pum!, cayó un cuadro justo cuando abandonaban el lado

izquierdo y avanzaban hacia la derecha, para ver los que pendían de la pared cilíndrica central en ese complejo arquitectónico.

Un amigo me dijo al oído:

—¡Ese es Mario! De seguro no estuvo de acuerdo con lo que decía la señora.

El Ágora de la Ciudad en Xalapa, Veracruz, montó una exposición-homenaje de noviembre de 2001 a enero de 2002 para reconocer su trabajo. Desde entonces, el recuerdo me pregunta por esta publicación. Su obra sobrevive al lapso de 68 años que pasó sobre la tierra, del 19 de enero de 1930 al 20 de noviembre de 1998.

RAFAEL LÓPEZ JIMÉNEZ

PRÓLOGO

Mario Orozco Rivera:
pintor, escultor, músico, poeta y loco.
Contrapunto social, político, estético,
cultivador de insolencias rechazadas.
Amoroso amoral,
impertinente ríspido,
aprendiz frustrado por cuestiones ajenas.
Emprendedor de aventuras mutiladas.
Violento ante ayudas interesadas.
Enemigo de ayudadores minusválidos (de conciencia).
Agitador de conciencias, sin licuadora.
Vividor de sueños más reales que la vigilia.
Soberbio,
me siento solitaria molécula de ADN.
Manipulador de enanos que alimento con Purina.
Estúpido atractor inocente por entes rapiñosos.
Amoroso dador de todo lo que soy,
es más, lo entrego.
Etc., etc., etc.

19

MARIO OROZCO RIVERA, 1998





Mural *Defensa, continuidad y destino de nuestra cultura*, 1958. Técnica: acrílico sobre aplanado de cemento blanco, polvo de mármol y cuarzo. Fotografía: Héctor Montes de Oca. Se localiza en el vestíbulo del auditorio de la Benemérita Escuela Normal Veracruzana Enrique C. Rébsamen. Es una de las obras más importantes de Mario Orozco Rivera. Representa a los arqueólogos y su ardua labor en la defensa de nuestra cultura y su compromiso por mantenerla durante generaciones. Anteriormente, este mural estaba en el antiguo Museo de Antropología.





Detalle del mural *El libro abierto de la Revolución en Veracruz*, 1961.

Técnica: acrílico sobre aplanado de concreto.

Fotografía: Héctor Montes de Oca.

Vivir entre dos agencias funerarias cuando tienes dos años de edad creo que es hasta divertido: por un lado la Gayosso, por el otro la Alcázar; la una en el número 13 y la otra en el 9. Mi familia y yo, en el 11 de la avenida Hidalgo, donde vivimos al llegar de Guadalajara.

Era una casona típica de principios de siglo, frente al Palacio de Bellas Artes cuya construcción en esos años estaba casi concluida. Recuerdo con toda claridad cómo fueron poniendo el forro a la armazón de la cúpula del palacio. Veía la obra con gran atención y asombro, sobre todo cuando, tomado de la mano, acompañaba a mi madre por las mañanas a la calle 2 de Abril, donde estaban la panadería y la lechería más cercanas.

Años después, a golpes de vida dura, volví por aquella calle como caricaturista ambulante. Cuando la panadería estaba cerrada, se practicaba un comercio diferente, nocturno, entre adultos. Descubrí puertas-letrinas, una tras otra, de uniformidad interminable; en ellas, gordas flácidas de brazos, tetas y piernas, ofreciéndose por un rato a cambio de dos o tres pesos. Me interesé en ellas; cultivé amistad, sobre todo con La Zanahoria —por el pelo pintado con anilina de tlapalería—, siempre con una botellita de tequila, desnuda en toda su ancianidad, sólo cubierta por un abrigo de peluche, como si fuera de piel.

—Vamos güero —le decía a los transeúntes trasnochados.

Como usaba blanco de España para ocultar sus arrugas extemporáneas y sobre esa pasta se ponía betunes rojos, azules y violetas, nadie aceptaba sus invitaciones. Yo pasaba, nuevamente, entre cuatro y cinco de la mañana, hora que coincidía con el término de

su botellita tequilera llena de calor, y la veía caminar hacia su puerta-letrina, a padecer ese frío, ya sin su calor.

De Guadalajara salimos por cuestión de la guerra cristera. Tan broncos andaban los cristeros por haber ordenado el gobierno que todas las iglesias fueran cerradas.

Mi madre era cristera y mi padre liberal o, más bien, libre pensador. Como siempre sucede, mi madre ganó, y salimos de Guadalajara hacia la Ciudad de México, porque aquí estaban abiertas las iglesias y en aquella época era más importante el casorio o el bautizo por la iglesia que el matrimonio o el registro por lo civil. Aquí me registraron y bautizaron. A la vez mi madre y mi padre se casaron, asistiendo yo a su boda, claro.

¡Qué cierto es eso de que jalan más dos tetas que dos carretas!

24

Nuestra casa tenía piso de madera muy ancha y gruesa que mi madre pulía con gran esmero; usaba una cera parecida a la grasa para zapatos café oscuro.

En un baúl guardaba mis juguetes. Los que más me gustaban eran unos soldaditos de la montada canadiense que en aquellos tiempos estaban de moda. Jugaba con ellos, y mi madre, después de un tiempo que yo no entendía, me ordenaba guardarlos en el baúl.

Cuando yo andaba por los tres años regresamos a Guadalajara, en tren de segunda. A mi padre, tenedor de libros de profesión (contador público, les dicen ahora), ya no le iba tan bien.

Tren nocturno con bancas de madera. Olores a naranja, guayaba y cajeta de Celaya inundaban el vagón según los lugares que tocábamos en el trayecto. ¡Qué gran viaje, al poder dormir en el suelo de ese tren! Fue entrega total, llena de calma y ternura para

mí; profundidad llena de paz interior, culminando con el amanecer que invade todo con esa luz que te llena de seguridad plena de vida. Así fue.

¿Por qué tienen que pasar estas cosas? ¿A los tres años de edad meter en la cárcel a tu propio padre?

Mi madre, de puro Sayula, Jalisco; bien alimentada, ranchera y muy bella en todo. Mi padre, esmirriado, guadalajareño, delgadito de cintura arábiga. Dos rasuradas al día. Sombrero carrete, zapato boleado. Línea impecable; peinado con raya en medio, de pantalón impecable. Plancha de carbón para camisas immaculadas.

25

Todo cambia. Mi madre fuerte. Mi padre alcohólico. La tranquiza premonitoria de divorcio imparable.

¡Qué sillazo aquel que mi madre azotó en el lomo de mi padre!

Silla rota de ellos. Infantil llanto el mío. Rocío limpio humedeciendo el quicio de la puerta a la calle.

Pasa el policía:

—¿Por qué lloras?

—Mi papá le está pegando a mi mamá —mentí.

La cosa era al contrario.

Machismo policiaco de reacción inmediata, como de computadora que no se había inventado todavía. Policía indignado en machismo de irresistible encabronamiento. Entra en la casa, toma del cuello de la camisa a mi padre diciéndole:

—¡Cabrón, ponte con los hombres! ¡Culero golpeador de mujeres indefensas!

Todo golpeado, vencido por mi madre, mi padre fue a parar a la cárcel.

A mis tres años de edad, yo lo metí ahí.

No fue tan grave que a los tres años de edad se me cayera el pelo por el mal de ojo que me hicieron allá en Guadalajara. El pelo me volvió a crecer gracias a que mi madre me masajé la pelona con una infusión de huevo.

26

Lo que me marcó para siempre es el haber nacido bizco. ¿De qué otra manera podría explicar el exceso de uso que desde los tres años de mi infancia le di a mis ojos, dibujando de tal manera que mi tía Cuca me llevó de la mano a presentarme con José Clemente Orozco, también tío mío?

Mi madre fue quien ofendió profundamente a la tía Cuca al afirmar que mis dibujos los había hecho ella. Eran, según mi madre, demasiado buenos como para que un niño tan pequeño los realizara. Ni las madres ni las tías están nunca en condiciones de ser objetivas en sus juicios para con sus parientes de cuerpo pequeño; lo que sí es cierto, es que no existe niño que dibuje mal, y yo, como todos los niños, aún era inmune a los prejuicios morales de lo bueno y lo malo.

Me afectó también, quizás, en mis primeros años el hábito extraño de guardar todo en baúles. Mi familia, allá en Guadalajara,

lo metía y lo sacaba todo de baúles sucios, polvosos, como hechos de carne seca, de profundas vetas abiertas, como rostros de cabeza vieja, ajada con mil arrugas contenidas por el férreo cinturón de castidad: flejes y chapetones de metal.

La tía Cuca guardaba mis dibujos infantiles en un baúl que desapareció al morir ella, no por el valor de mis dibujos, sino porque lo usó como alcancía de monedas de plata para asegurar mi carrera de pintor.

Un tío mío, cuando era niño, donde orinaba hacía un agujero en la tierra con sus *miados* que, por benditos quizás o por puntería divina, del agujero aparecía, invariablemente, un baúl o un cofre lleno de monedas de oro.

También de los baúles salen ánimas. Una noche lo comprobé en la casa de la tía Isabel, cantante oficial del Santuario de Sayula. Aquella noche en que me vi forzado, por razones fisiológicas, a cruzar la huerta envuelta en ese frío de árboles planos sin luna para llegar al excusado o “común” instalado al fondo del solar de la casa, me senté y miré al techo; allí estaba el señor obispo de Guadalajara viéndome pujar, me limpié y rápido salí corriendo hacia la casa sin mirar atrás, con la sensación, casi la certeza, de que el señor obispo se había bajado del techo y me seguía.

Cuando llegué al corredor iluminado de la casa, hasta entonces me atreví a mirar hacia lo oscuro de la huerta. Descubrí que no era el señor obispo, sino una hermosa ánima de grande túnica blanca, quien me escoltó hasta lugar seguro. Ella, de hermoso rostro impasible, se dejó esfumar lentamente hasta quedar, en silencio, autoguardada en el baúl.

Al cuarto año de mi vida todo cambió. Mis padres, separados. Mi madre, mujer maravillosa, no pudo evitar proyectarnos su odio feroz hacia él. Y yo fui invitado por el hermano de mi madre, quien era artista de circo, a trabajar con él.

En el circo, con mis cuatro años a cuestas, en un encuentro con uno de mis colegas, aprendí a no confundir lo que se ve con lo que en realidad es. Mi colega y yo teníamos la misma estatura, y lo invité como cualquier otro niño a jugar canicas.

—¡Juega con tu chingada madre! —me contestó.

Yo no sabía que era uno de los enanos, gente pequeña, les dicen los educadores, que trabajaban como yo, en la misma empresa.

Recuerdo muy bien mi primer trabajo.

Tenía cuatro años de edad cuando por primera vez trabajé para ganarme la vida anunciando a un hombre-mujer. La bocina que empleaba para ampliar mi voz infantil, medía y pesaba más que yo; así la sentía, sobre todo después de la enésima tanda. Pero ya dentro de la carpa, como maestro de ceremonias y presentador del fenómeno, no necesitaba usar esa bocina, pues la carpa era chica y los cinco o seis espectadores que, por tanda, veían las tetas y el falo del fenómeno me escuchaban con claridad.

El tío que regenteaba las carpas de fenómenos en el circo era hábil para sorprender a la gente. Sabía que el mejor anunciador de un hombre-mujer no podía ser otro que un niño de cuatro años a quien, a su vez, exhibía como hijo de un fenómeno y de un gigante que medía más de dos metros de estatura, demostrando que, por lo raro, del matrimonio había nacido bizco.

Mi tío, hombre de circo, me llevaba.

Mi mamá me inscribía en la escuela.

Me gustó más el circo. Fui mimo, torero, jinete, hasta que una vez, en La Habana, tuve una crisis, a los veintidós años. Me puse a llorar... ¡quiero ser pintor!, ¡quiero ser pintor!

Un vendaval azotaba la ciudad y, metido en él, con mi llanto me fui al malecón... ¿qué hago?, ¿qué hago?... ¡Quiero ser pintor! Tomé una decisión circense. Me paré en un rompeolas, desafiando la furia de la naturaleza con un dilema: si me mato, me muero; si salgo vivo, dejo el circo, vivo.

Mi tío me regañó:

—Tenemos dinero. Tenemos un circo. Tienes éxito. ¿Cómo vas a regresar a donde nadie te conoce?, ¿y a estudiar pintura, para morirte de hambre? Te vas, pero pierdes todos tus derechos; te vas con lo que traes puesto.

29

Mi tío, en el espectáculo era *El hombre de hierro*, el hombre que detenía dos avionetas, una con cada mano. El hermano de mi madre, quien detenía dos caballos en las suertes charras y soportaba el peso de un coche sobre sí, fue mi guía en el circo, mi refugio cuando me fugaba de la escuela después de que mi madre suponía haberme rescatado de su influencia.

Recuerdo que en el cruce de Revillagigedo y Victoria, en la Ciudad de México, se descubre a varias cuerdas de distancia el palacio, o el castillo, que fuera del Conde Revillagigedo, con su siniestra

torre picuda y, entre almena y almena, el observador atento, puede ver los ojos del vampiro solitario.

A mí me hubiera gustado no haber visto jamás tales ojos, tan fuera de sus cuencas, como si las almenas fueran sus pómulos y el remate picudo de la torre su cabeza. Todo esto lo vi por primera vez a los seis años de edad, cuando los mayores nos cuentan que por las ventanas de los castillos encantados se asoma la Princesa Caramelo.

Pero yo vivía allí y, precisamente, a esa edad uno es incapaz de discernir si el Conde Revillagigedo heredó a los granaderos, a los de la secreta o al personal médico del Puesto Central de Socorro, que en tres partes iguales se dividieron el castillo; o si primero llegaron los de la reservada invadiendo con sus ametralladoras el castillo, matando al Conde para luego llamar a los granaderos, a los médicos, practicantes, enfermeras, afanadoras y ambulantes, en sus camiones blindados, sus patrullas y ambulancias, para después efectuar la primera expropiación de castillos que registra la memoria en México. No sé...

Sólo recuerdo que yo era un niño consentido por todas aquellas personas. Los ambulantes me llevaban a la escuela en sus ambulancias, me permitían sonar la sirena y armar tumulto infantil ante la expectación que causaba la llegada de una ambulancia a las puertas de una escuela. ¿Qué pasaría? ¿Se habrá caído un niño de la azotea? Nada, era yo quien bajaba del vehículo y, con mi mochila sujeta a la espalda, entraba como héroe a la escuela.

El anfiteatro del Puesto Central de Socorros de la Cruz Verde era de mis sitios preferidos por el constante movimiento de brazos, cabezas, troncos, piernas –todos sueltos como objetos–, que metían

y sacaban los encargados y que por costumbre yo podía contemplar, tocar y acomodar, como aquella mano cercenada sobre el ombligo de un tronco, como si se lo rascara. Lo podía hacer libremente. Mi madre, siempre tan ocupada en su trabajo de enfermera, apenas sabía donde encontrarme.

Yo sabía que las ballenas expulsaban un alto chorro de agua, lo que no sabía era por dónde y por qué. Me lo pregunté todo el tiempo que estuve observando a una señora desahuciada por los doctores, boca arriba en esa plancha de granito, con un balazo que le destrozó los pulmones y hacía de su respiración un estertor de ritmo ascendente cuyo clímax era un alto chorro de sangre en el espacio. Luego, vuelta al principio: respiro ahogado por el tibia líquido que invadía la garganta, más y más dificultad y el chorro hacia arriba. De su rostro no recuerdo nada. Abandoné mi platea cuando dejó de respirar.

31

La azotea del castillo del vampiro solitario es el mejor punto para relacionar las tres áreas: la de los granaderos con sus fusiles prestos a disparar si alguien se detiene frente a la entrada; la de los médicos recibiendo heridos o muertos que con gran eficiencia son sacados en camilla de las ambulancias; y la del Servicio Secreto de la Sexta Demarcación de Policía.

La integración de funciones diversas en el castillo mostró su eficiencia con el servicio prestado al más célebre de sus pacientes: León Trotski, atendido de la herida con piolet, a la que finalmente no sobrevivió.

Se contó en esa ocasión, con el más eficiente equipo médico, ante una marabunta de agentes y guardianes. Yo me pude colar y

verlo tendido, solo, antes de que un señor muy bien vestido entrara y le rasurara su piochita para guardarla en un pequeño estuche. Mientras, al otro lado del edificio, en los separos de la Sexta, curaban al más célebre de los pacientes que en lo largo de toda su historia hayan tenido: Ramón Mercader, autor del pioletazo.

Yo había inventado un juego que disfrutaba sólo en la soledad de mis años infantiles: sabía en qué puntos de la azotea se fundían en uno solo los gritos de los heridos de la Cruz Verde con los gritos de los torturados del Servicio Secreto. El juego consistía en adivinar cuáles eran, de quiénes, pudiendo jugar así horas y horas hasta aburrirme. Supongo que, si me hubiera quedado en la azotea toda una noche, sería ahora un experto en diferenciar entre el grito de dolor producido por una herida o producido por la tortura.

32

*E*l hombre de hierro usaba una gran capa de chillante artisela, verde por fuera y amarilla por dentro, elaborada por cortesía de Telas Atoyac; esto se notaba a kilómetros de distancia por el escudo bordado en la espalda de la capa. Este logotipo consistía en el perfil de un Caballero Águila a todo color con la leyenda “Telas Atoyac” circundando el rostro azteca. Forraba sus piernas con unas mallas negras de algodón, calzaba botas de algodón del mismo color de las mallas y chapetones de hojalata. Se ponía una máscara, negra también, que ocultaba la parte superior de su rostro. Se veía imponente

por su estatura y complexión física, por el toque surrealista que le daba lo chillante de la capa coloreada que lo envolvía.

Este tío mío era muy perseverante e ingenioso. En una de sus actuaciones de fuerza bruta, uno de los músicos de la orquesta que estaba tocando y que él sostenía con su cuerpo –con todo y piano sobre una gran tarima– perdió el equilibrio y cayó sobre la cara rompiéndole todos los dientes. Mi tío aprendió a masticar pacientemente una gran bola de chicle sólo con sus encías y, antes de cada actuación, con ésta se modelaba una dentadura completa que después forraba con papel de estaño, ese que traen las cajetillas de cigarro. Salía al escenario con una gran sonrisa plateada que hacía juego con su máscara negra.

Yo me divertía mucho pintándome la cara de payaso, poniéndome esos zapatonos de puntas de acero para resistir el arrastrón a toda velocidad, colgado de la defensa trasera del coche que mi tío manejaba con los ojos vendados por toda la pista del estadio donde actuábamos, o exhibiendo serpientes y tarántulas en las famosas ferias pueblerinas.

En los circos uno hace de todo. Al niño de brazos lo obligan a hacer contorsiones para adaptar su cuerpecito a la elasticidad requerida para ejercicios posteriores; y al viejo, antes de que ya no sirva para nada, se le pone a recoger los boletos en la entrada o a enviar al público hacia la luneta o las gradas de acuerdo con la numeración y precio de cada boleto.

Con el tiempo, cuando se crece en experiencia y en estatura, los cirqueros como cualquier seminarista de la vida nos iniciamos en los prostíbulos (congales, burros, siete, etc.).

En los circos pequeños se gana apenas para comer algo; pero también se gana en ingenio, lo que nos ayuda a resolver, a veces de manera divertida, nuestros problemas insalvables.

Así aprendimos a participar en ese juego prostibulario sin tener que pagar ni un solo peso. La cuestión era convencer a las esposas de los enanos que solamente los invitábamos a jugar al billar, claro, sin decirles el tipo de bolas y de taco que íbamos a emplear.

Al entrar al lupanar pueblerino echábamos por delante a los enanos.

No había prostituta que mostrara indiferencia alguna. Caras que se iluminaban expresando diferentes emociones en sus repintados rostros: curiosidad, apetitos irresistibles, sonrisas casi convulsivas, todo expectación.

34

¿Qué se sentirá acostarse con un enanito? ¿De qué calibre será su escopeta?

El trato era seguro: te acuestas primero conmigo y le digo al enano que te gusta que luego sigue él, siempre y cuando no nos cobres nada, ¿ya vas? Aceptaban. Creo que salían más complacidas después de pasar el rato con el enano.

Es tan duro el trabajo circense, para no saber nunca qué día es, qué año, qué pasa afuera, o sea en el mundo. El tiempo no existe para nosotros los cirqueros, sólo el espacio, pero el espacio que nosotros mismos creamos.

Levantar la carpa, armar el graderío, ordenar las plateas, la luneta, la taquilla y, desde luego, lo principal: la pista. Ese círculo mágico donde exhibimos nuestro total, cual aparador donde muestras tus habilidades como cirquero y también tu capacidad para

ligarte a una pueblerina aburrida que ya sabe hasta con quién la casarán sus padres.

Los mimos de circo tenemos mucha suerte con las más bonitas, sobre todo si además son inteligentes. Cuando estás haciendo tu rutina, a la vez, estás recorriendo con el rabillo del ojo quién puede caer en tus garras. La localizas y, a puras señas, se lo propones y ella te hace sentir que acepta.

Terminando la función te paras en la salida de la carpa y de alguna manera te guía hasta el rinconcito más discreto. Ahí sucede lo que tiene que suceder y lo bueno viene después. No, no es que el padre de la muchacha salga para matarte con su machete cuando se dio cuenta de lo que pasó; quien te busca es el novio ofendido. Normalmente los cirqueros, por el ejercicio constante, estamos en mejores condiciones físicas que los pueblerinos.

35

Ahora que lo pienso mejor, de veras que no entiendo el por qué hacíamos el amor a las novias para que sus pretendientes o novios oficiales nos retaran y nosotros ganarles en la pelea, sintiendo más satisfacción por lo segundo que por lo primero.

¿Será que el circo-circo es un mundo aparte, con sus propias reglas, su propia moral, y en este circo donde los maromeros no lo son ni los malabaristas la hacen, menos los equilibristas o contorsionistas, vemos a cada payaso ocupando sitios muy altos en puestos públicos o empresas, tratando de hacer reír aunque sea a su abuelita sin conseguirlo? De verdad no lo sé.

Yo era un muy buen cómico. Recuerdo que hacía reír mucho a la gente con las pantomimas de fin de fiesta, que en los circos pueblerinos se acostumbran.

Un día se me ocurrió –vanidad de vanidades– operarme el ojo bizco. Mi tío casi me corrió del circo increpándome por la estupidez de haber perdido lo mejor de mi *comicidad*, como él decía.

Con el circo recorrí toda nuestra República, pueblo a pueblo. En Chiapas conocí a los indios esclavos de las grandes plantaciones de café, propiedad de exnazis. En Tamaulipas sufrimos el mismo trato que les da el ejército a los campesinos para desalojarlos de los latifundios: nos quemaron el circo.

También conocí Guatemala, pueblo a pueblo. En Quetzaltenango, vi a los indios guatemaltecos hacer el amor en los quicios de las puertas sin que se inmutaran los ladinos, los *de razón*, blancos de estirpe *decente*. Era como ver fornicar a cualquier animal.

En Cuba presencié el golpe de Estado de Batista, en 1952.

36

Fue en Cuba donde dejé el circo para siempre. Donde decidí seguir mi verdadera vocación, realizando el último acto mortal en los rompeolas del malecón de La Habana. Eran las dos de la mañana, había norte, era suicida meterse en esos rompeolas, pero yo tenía que dar ese salto mortal: dejar el circo por la pintura.

Yo fui cirquero en el circo de verdad; también fui torero, pero torero bufo, nunca quise vestirme de luces... el toreo es elipse, círculo, contra círculo, sobre círculo. El movimiento es crear elipses porque la elipse es la velocidad del espacio, crear círculos, manejar el espacio.

Yo pinté un torero-toro, simbiosis difícil de lograr en la tauromaquia, conjunto diverso de factores que funden toro y torero, momento metafísico, cósmico, espacial, infinito de un duelo de noblezas, momento de amor.

Detesta los homenajes, porque no me he traicionado.

No tengo cola que me pisen. Rechazo las estrellitas en la frente, por instinto de conservación nada más, aunque me esté muriendo de hambre. Yo vendo mis cuadros, jamás mi dignidad, mucho menos mi conciencia.

En el Salón de la Plástica, un día secuestraron mi cuadro *La nueva inquisición*.

El arte no es sumar ni multiplicar, es dividir y restar; pensar en luz, en las sombras, en el blanco opaco y en el negro luminoso. Mi vocación es hacer arte, mi anhelo es hacer arte a niveles muy altos. Eso sólo se logra con muchos años de ejercicio, disciplina, horas y horas, salud física, salud mental, pobreza; estar dispuesto a ser explotado, humillado, todo eso que es parte de este trabajo por el arte. Te calas si vas a poder o no. Hay quienes no pueden: a medio camino se ponen a hacer concesiones, a repetirse, a buscar la producción comercial.

El arte por el arte no existe; el arte es eminentemente social, comunicativo; es diálogo, no monólogo; es simbólico, signológico, ilógico, cáustico, ríspido, pero siempre busca lo comunicativo-dialógico.

Cuando firmo un cuadro, en cierto aspecto lo olvido para no repetirme y poder hacer otro; si no, me volvería académico y virtuoso. Es mi hijo mientras lo estoy pintando; pero soy un asesino porque al firmarlo sé que lo mato; de ribete, vendo su cadáver. ¡Qué cruel es el arte! El arte es una maldición.

La obra es producto colectivo. Sí. Está sustentada en las aportaciones de creadores posrevolucionarios: José Clemente Orozco

—mi tío abuelo—, David Alfaro Siqueiros, José Guadalupe Posada, Leopoldo Méndez, Gerardo Murillo *Doctor Atl*, Rufino Tamayo, Pablo O’Higgins, Carlos Mérida, Manuel Rodríguez Lozano y Carlos Orozco Romero.

¿Que si soy pariente de dos grandes? Lo he contestado así: Orozco es mi papá y Rivera mi mamá.

¿Posrevolucionario? Por el registro cronológico, sí; pero el tiempo que me toca vivir, por las actuales contradicciones del sistema económico, por la crisis social, política, económica y moral, pienso que es prerrevolucionario.

Me inicié en la pintura haciendo mis primeras caricaturas en los bares de La Habana, a los 22 años de edad. Pedía veinticinco centavos por caricatura con parecido garantizado.

Un día, en La Bodeguita del Medio, conocí a Nicolás Guillén; ahí conocí a Carlos Puebla, quien me prestó su guitarra para cantar *La malagueña*. En las paredes de La Bodeguita pinté palomitas guerrilleras. En El Floridita, un pintor de retratos que se apellidaba López Mézquita, me pidió que le hiciera un dibujo. Le gustó mucho y empezó a llevarme clientes. Un día, un barbón me dijo:

—Ven, hazme un dibujo a mí.

Me dio diez pesos. Se llamaba Ernest Hemingway.

Viajé de La Habana en barco hasta llegar a puerto seguro: La Esmeralda, escuela de pintura y escultura del Instituto Nacional de

Bellas Artes. El horario de trabajo era muy intenso. A las siete de la mañana empezaban las clases y terminaban a las siete de la noche. A partir de esta hora, empezaba mi peregrinar por las cantinas, bares y cabarés del centro de la ciudad, haciendo caricaturas hasta las seis de la mañana, hora en que don Toño, conserje de la escuela, me permitía dormir en un sillón de las oficinas del plantel en tanto se iniciaban las clases. Cada jornada de trabajo nocturno me redituaba siete o diez pesos.

Una negra y gorda mosca zumbona es difícil de ser cazada al vuelo en una caricatura. Tiene que estar flaca y vieja para que sus acrobacias aéreas sean más lentas y así poder captar la vibración de su aleteo o, cuando menos, la geometría invisible que dibuja en el aire al volar.

Qué complicado es el trabajo del caricaturista cuando en dos o tres rasgos pretende eternizar la contracción del rostro de aquel borracho que acaba de recibir ese tremendo golpe de muleta que le propina el cojo por la espalda. Es que, en ese momento, distrae mucho el que brote todo un bosque de pinos rojos sobre la cabeza del herido; luego se queda quieto, quieto, cuando el caricaturista quiere captar el momento de su desplome total.

¿Y si al caricaturista ya se le durmió el brazo? El izquierdo, pongamos, para no pecar de masoquistas, y lo trae colgando –dicen los doctores que eso suele suceder cuando la drogadicción y el alcoholismo son crónicos– y lo tiene que acomodar en algún sitio, sobre sus piernas si dibuja sentado, para capturar, con toda la habilidad requerida, la caricatura del cliente de cantina barrioterá.

¿Y la caricatura prematura? La del futbolista que festeja sus triunfos deportivos domingueros en el bar El Torito, de Santa María la Redonda, que no gustándole el trabajo logrado por el caricaturista lo rompe, recibiendo a su vez, como respuesta indignada, en pleno rostro, el contenido del vaso que le arroja la prostituta que lo acompaña, solidaria con el artista. ¡Ese gesto era la caricatura!, pero, ¿cómo preverlo?

Una caricatura *kinética* es posible al captar la corretiza que un mariachi, ese del cuchillo de carnicero, le pega al otro mariachi hasta alcanzarlo y así, por la espalda, bajo la nuca, darle el puntillazo que lo hace caer barriendo de resbaladilla la persiana de una tienda cerrada por lo avanzado de la noche garibaldina.

Mariachis, toqueros, *nomigramistas*, carteristas, prostitutas aún niñas –infantas del talón, diría un bromista funcionario del Instituto Nacional de Protección a la Infancia– y todo lo demás que tú conoces; más el guarura que juega al billar muy a su manera entrando al salón de lo mismo, donde se reúne la *pura cepa*. Lanza una bola, blanca o roja, y el que no se agachó, nomás siente blandida la cabeza que antes era de lo más dura; luego viene la nublazón y nadie sabe, nadie vio, pues nada sucede.

Ese ambiente, flor y simiente de nuestro más puro folclor urbano, lo entiende y lo maneja mejor que nadie Antonio Díaz, caricaturista ambulante que, por ejemplo, toma por modelo a alguna fichera de El Colonia o de El Jardín. Hablando con ella le hace ver lo que le espera dentro de pocos años: el Hospital de la Mujer y su ambiente dantesco. Dibuja los gestos de la mujer y

cuando considera que ha captado su angustia, cambia la estrategia y conversa con ella de las noches cuando se gana más dinero, o los días de campo con las demás muchachas y sus respectivos *viejos*, o las idas al cine a tronar palomitas. Antonio termina otro retrato, ahora de expresión dulce; rostro sereno de prostituta que sueña de día, por no saber hacerlo de noche. Antonio logra una serie de testimonios gráficos de ese mismo rostro.

Esos caricaturistas ambulantes del Distrito Federal son unos verdaderos héroes del trasnoche, cuya sátira populista es muchas veces más dramática y veraz que la de ciertos colegas de caricatura servil para portada de revista multicolor.

Caricaturista ambulante con permiso temporal de la Dirección de Trabajo y Previsión Social, Sección de Trabajo No Asalariado, para ejercer la actividad de Dibujante Caricaturista Ambulante en el Distrito Federal, permiso que no era otra cosa que una forma de ficha policiaca para controlar al subempleado.

Todas las noches, todos los bares, cantinas, tugurios, cabarés y el remate en la Plaza Garibaldi; ese carnal Heredia, al calor del alcohol y la mota, sobre todo al amanecer en el reposo mágico del Chapultepec brumoso de frío familiar, el lago disfrutado en la envoltura de ataúd de una lancha que permite recostarse a ver las volutas del carrujo que se pierden en el celeste calino.

¿Qué les queda..?

Artistas de banqueta –que no de caballete– con la carpeta bajo el brazo y los sonidos del cilindro callejero con la *mentada* como eructo normal del parroquiano, en el ruido ciudadano, deambulando con su silencio de cárcel, sin derecho al diálogo obligado con el claxon,

ensimismado hermano del silencio lumínico de los anuncios comerciales, pariente obligado de la hez más nocturna de la intemperie.

La noche es toda una noche y el amanecer es el pedazo de papel periódico barrido por el viento, por el barrendero o por la patada a lo familiar. La soledad de lo cotidiano, a lo inaccesible.

Ser el mejor alumno del año me permitió vivir mis primeros momentos de ilusiones mentirosas con que está empedrado el camino que debe recorrer el creador. Una beca de la Secretaría de Educación Pública fue el premio en un concurso escolar: ciento cincuenta pesos mensuales que nunca recibí. Después de dos meses de recorrer la SEP me entregaron, ¡al fin!, cuatrocientos pesos, esto es, la beca que “por falta de presupuesto” se redujo a una de cuarenta pesos mensuales durante diez meses, año escolar, me dijeron.

42

Sería injusto y desalmado al declarar que al gobierno no le debo ni agua de mi formación profesional.

Basta con recordar a dos de mis mejores maestros: Carlos Orozco Romero y Manuel Rodríguez Lozano, los dos de La Esmeralda; rivales a muerte; no se podían ver ni en pintura. Yo lo sabía y aprendí de ellos más de lo que creía en aquellos tiempos.

Cuatro de mis compañeros y yo formábamos la crema y nata del alumnado. Los maestros también nos hacían sentir así, los mejores de la escuela, nosotros: (Gilberto) Aceves Navarro, (Roberto) Donís, Rafael Coronel, Gloria Iris Ayala y yo. Éramos inseparables hasta que, ¡oh, mentirosa ilusión!, salimos de la escuela y nos hicimos profesionales.

El tic tac de la distancia entre amistad, solidaridad y fraternidad funciona como un reloj. Yo lo sentí, precisamente, cuando

les anuncié a mis compañeros entrañables que había ingresado al Partido Comunista Mexicano. Recuerdo el comentario de Rafael Coronel:

—Éste ya se jodió para siempre.

La Esmeralda sigue igual: pocos maestros buenos, las mismas deficiencias en el programa escolar y muchas mentiras de la ilusión con que seguir empedrando los caminos del pintor.

Yo nací como muralista en Veracruz.

Había regresado de un viaje por varios países. En Moscú viví el Sexto Festival Mundial de la Juventud, al que fui por propuesta de Siqueiros y O’Gorman, como miembro del Frente Nacional de Artes Plásticas –donde ingresé por gestiones de Diego Rivera–. China me conmovió mucho. Los chinos me oyeron cantar y supusieron que yo era un gran cantante mexicano, así que me contrataron para una gira inolvidable. Encontré una relación muy profunda entre México y China; aprendí el arte del buen comer. Hice como ochocientos dibujos. Al regresar logré montar una exposición en la Ciudad de México; Marco Antonio Montero vio la exposición y me invitó a exponer en su restaurante-galería Los Petules de Xalapa. Gonzalo Aguirre Beltrán, rector de la Universidad Veracruzana, vio la exposición y me pidió hacer el mural en la Facultad de Veterinaria.

Era presidente de la República Adolfo López Mateos y había metido a la cárcel a Siqueiros. Eso me indignó mucho. Lo invitaron

a inaugurar la Facultad de Veterinaria. Como el rector me invitó al acto inaugural le dije que no asistiría porque no podría evitar echarle en cara al presidente de la República el haber encarcelado a mi camarada.

Gustó mi trabajo y me ofrecieron una plaza de tiempo completo para dedicarme a pintar murales en instalaciones de la Universidad Veracruzana. Pinté once.

Pinté un mural en el Tribunal Superior de Justicia de Veracruz: una señora justicia emputecida, borracha, rodeada de cadáveres. Los magistrados protestaron.

Pinté a Siqueiros maniatado. Granaderos y policías acosándolo; fiscal y juez trepanados; atrás un burro devorando una serpiente; un obispo poniéndole la cruz en la frente; un loro sobre una pila de periódicos –no hubo pruebas, puros periodicazos–; en el fondo un trono con la silla presidencial y ALM, supino, con coronita de laurel.

Qué campaña en contra. ¡Un comunista ofendiendo al señor presidente!

Me metieron a la cárcel, en Xalapa, cuando llegó de gobernador Fernando López Arias, quien como procurador general de Justicia de la Nación se encargó de encarcelar a Valentín Campa y a Demetrio Vallejo, y arremetió contra el movimiento ferrocarrilero.

La cárcel de Xalapa estaba en los sótanos del Palacio de Gobierno; ¡qué humedad!, ¡qué frío!; te vuelves hongo ahí. Se movilizó la universidad. Exigieron mi libertad. Salí y seguí en lo mismo porque yo era dirigente del Partido Comunista en el estado de Veracruz.

Después del Movimiento Estudiantil de 1968, caería otra vez a la cárcel; a esa ausencia de espacio en que te mete ese cambio tan brusco, radical, violento, grotesco, insolente, que sólo puede ser definido por una palabra: ifrío!

A Xalapa llegó Siqueiros después que salió de la cárcel.

—Mario, salí muy cansado. Tengo el compromiso de hacer un gran mural; debo construir el taller en Cuernavaca; sufrí una caída y no puedo subirme a los andamios, me mareo, corro el riesgo de caerme... el taller será grande; voy a lanzar una convocatoria mundial.

Acudieron buenos pintores de caballete, pero no sabían nada de mural; no tenían el sentido del espacio monumental. Me encargué de entrenarlos, de formar equipos. Así iniciamos el Polyforum y el mural del Castillo de Chapultepec. Una vez Siqueiros me dijo que había espacios pintados por mí, donde ya no le dejaba nada.

45

Siqueiros y yo nos subíamos a un carro y corríamos por avenida Insurgentes, para ver el Polyforum, a veinte kilómetros por hora, a cuarenta, a cincuenta, a cien, para ver qué le faltaba, qué se veía; nos asumíamos como espectadores activos.

Siqueiros camarada, Siqueiros compañero, Siqueiros coclandestino conmigo y tantos más. Siqueiros creador número uno de las teorías más avanzadas del arte plástico del siglo XX. Siqueiros comunista, parrandero, escuchador atento y alegre del son de mariachi, como yo.

Cuántas veces, Siqueiros y yo, al enterarnos que había norte en Veracruz nos fuimos a disfrutarlo juntos. Nos hicimos grandes amigos. Platicábamos mucho, creábamos tesis, fantasías que ahora se han vuelto realidad. Siqueiros pintó la bomba atómica varios

años antes que la hicieran explotar sobre Hiroshima y Nagasaki; el cuadro se llama *Explosión en la ciudad*.

El arte se adelanta a la ciencia, a la técnica y muchos de sus alardes. Yo pinté una masacre, en un mural de Córdoba, Veracruz, con una arquitectura de fondo que diez años después era posible contemplar en la Plaza de las Tres Culturas, donde sucedió la matanza del 2 de octubre de 1968.

Si alguien no está de acuerdo en que arte es sinónimo de subversión no puede ser ni buen artista, ni buen crítico, ni mucho menos buen maestro.

46

¿Quién soy yo?, ¿pertenezco al sol, a la luna?, ¿soy lunático, soy solar?

¿Qué soy?...

Ante tan maravillosa redondez... la luna es para mí la espalda más redonda y luminosa de una mujer; entiendes lo que para los metafísicos es la eternidad.

Soy lunático, porque la locura es mi médico de cabecera.

Todos los esfuerzos de los pedagogos, educadores, maestros eminentes, cuyos desvelos dan como fruto programas avanzados que

ayuden a la educación de las nuevas generaciones de artistas en México, se verán obstaculizados por los insolentes intereses de la clase en el poder.

La geometría fue mi universidad. Me enseñó a vivir, a entender mi pequeña mente cosmogónica donde no sólo hay rectángulos, triángulos, cuadrados, círculos cerrados; cosmogonía elíptica que en mi universidad, el circo –palabra originada en círculo–, me permitió ser mimo elíptico, mimo polidimensional; no el mimo de teatro que maneja una geometría de verticales, horizontales, diagonales dentro de un rectángulo.

47

Circo, círculo, elipse, cosmos, geometría universal utilizada cada vez que capturo un espacio que multiplico con mis espacios propios para crear un espacio nuevo donde un espectador pueda moverse libremente, disciplinadamente, plenamente.

Mi mural de Puebla, *La universidad en las luchas del pueblo mexicano*, está pintado en una antigua capilla del siglo XVII, clásica, de dos bóvedas, una cúpula con medidas típicas de ese estilo, doce metros por ocho, con bóvedas de ocho metros de altura y cúpulas de doce. Integré el mural a la arquitectura. No me gusta alterar la arquitectura, la destruyo si no es buena; pero una capilla del siglo XVII –como la Carlos Marx de la Facultad de Psicología– la respeto y me integro humildemente a ella.

Los estudiantes de artes plásticas conocen este fenómeno y lo han vivido en carne propia. Nuestro deber es ayudarlos a no caer en esas bellas utopías y sí acercarlos a nosotros, para que convivan en nuestros propios talleres, nuestras luchas, nuestros anhelos, nuestras inquietudes como creadores, nuestras investigaciones formales, mostrándonos tal como somos, con todos nuestros defectos y limitaciones; por lo tanto, sin posibilidad alguna para el engaño o la simulación, actitud que nos ayudará a crear las condiciones para un cambio que permita llevar a la práctica los programas avanzados de los educadores, pedagogos y buenos maestros que nos preparan para una sociedad futura, ya no mercantilizada, ya no enajenada, ya consciente de la altísima importancia que tiene el arte dentro de la escala de valores humanos.

48

Mi ingreso al Partido Comunista Mexicano data de 1958, después de haber asistido al Sexto Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes en Moscú. Es imposible ser un amargado, pase lo que pase, después de participar en una fiesta de la juventud, de la amistad y de la paz, como lo es un festival mundial de este nivel, el encuentro con treinta mil hermanos de todo el mundo, de todas las razas, con los brazos entrelazados y las manos convertidas en un eterno saludo revolucionario.

Ya había recibido una incipiente educación política en el Frente Nacional de Artes Plásticas, con Rosendo Soto, Xavier Guerrero,

(José) Chávez Morado, Siqueiros, Diego Rivera y otros que me ayudaron a pasar del pintor arte purista –lo que era cuando estudiante– al artista militante que soy y seguiré siendo hasta el final.

La militancia revolucionaria es la mejor manera de quitar las piedras que estorban en el camino a la pintura. Las galerías de arte no me pudieron apresar, ni los coleccionistas, ni los críticos al servicio de los burócratas de la cultura oficial y demás mentiras de la ilusión que desde estudiante percibí.

Qué linda es la libertad, ¡ah, pero cómo cuesta!

Los artistas plásticos llevamos el primer lugar, o nos aproximamos al primero, como víctimas de cáncer por los materiales que usamos, incontables productos químicos no estudiados por quienes los lanzan al mercado: pigmentos, aceites, materiales plásticos y vinílicos, venenos, barnices, piroxilina, acrilatos. Los químicos no han estudiado los problemas que puedan crear en la salud de quienes los usamos, los obreros y los pintores. Nosotros estamos obligados a estudiar química como medio de sobrevivencia; a ellos no les interesa.

El blanco de plomo es mortal. Grandes pintores han muerto porque a través de los poros se envenenan, como el brasileño (Cándido) Portinari. Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros murieron por esa razón; yo los vi morir.

Tengo sesenta y seis años de edad. Desde los cuatro años trabajo. Ya me corresponden dos jubilaciones, y mira cómo vivo. ¡Y pensar que hay millones de mexicanos en condiciones semejantes a la mía, o peores aun! Yo no tengo rencores en la vida, ¡pero sí tengo memoria!

Tengo una enorme capacidad de indignación.

La indignación me está haciendo reflexionar, y me da mucho gusto llegar a esta edad con tal capacidad de indignación. Benito Juárez dijo: “Pueblo sin dignidad no es pueblo”. Esa frase se me grabó más que lo de “El respeto al derecho ajeno es la paz”. Un luchador nunca baja la guardia, ni la frente.

Mi corazón tiene sesgos vigorosos. Por más que lo golpee se resiste a agonizar, sobre todo a morir. ¡Qué bárbaro corazón!, ¡cuánta energía tiene! Puede estar muy agotado pero hasta ahora no ha perdido la capacidad de ponerme de pie, con la frente en alto.

Mi cultura política, mi experiencia personal, la información cotidiana me han angustiado; creo que es masoquismo lo que me obliga a informarme sobre México y el mundo, pero eso me nutre para pintar y, claro, para aumentar mis males.

50

Hay quienes por situaciones semejantes se han suicidado.

Tuve una crisis de depresión.

Un ataque de depresión es cuando te invade la nada. No sientes nada. Te sientes en la nada total y te viene un desconcierto, una inconsciencia. Si sintieras que el mundo se te viene encima sería la gran cosa; no sientes que haya piso, techo, paredes, cielo, estrellas, mares, amores, nada... eso no lo entienden los psiquiatras... es el encuentro de la nada, entre dos encuentros: cuando se inicia la depresión y cuando la superas; cuando se inicia la depresión y luego te suicidas.

Cuando alguien me hace la pregunta de siempre, ¿qué estás pintando ahora?, yo trato de que mi respuesta sea lo más general y anodina porque estoy convencido de cuán inútil es platicar un cuadro, hablar de forma y contenido, de ritmo y armonía.

Ni modo de enfatizar sobre la planimetría y la volumetría espaciales, cinéticas. No me detengo a puntualizar en el valor (luz), colores (matiz), textura, punto, línea, área, volumen y sus múltiples combinaciones, diseño, lenguaje, equilibrio, proporción, ritmo... Si aprecian cómo se iluminan los contornos para crear profundidad, qué bien; si notan cómo logro las transparencias, mis respetos...

Una obra de arte es su propio canal de comunicación, solamente estimulada por el artista y a expensas del caudal de información de éste, por lo que resulta gratuita la explicación, ya que la obra de arte comunica por sí misma.

51

Podemos difundir lo que el artista informa por medio de su obra; ésta es la tarea principal de un buen crítico de arte. Pero cuando tratamos de *comunicar* lo que la obra de arte comunica por ella misma, el resultado es siempre un ensayo literario, a veces bueno, pero muy apartado del valor intrínseco de la obra de arte que lo originó.

La obra de arte, al socializar su acción por medio de la aceptación convencional de los signos comunes entre el artista y el espectador, se compromete como los demás medios de comunicación creados por el hombre en un hecho: la provocación.

Provocar el interés por un producto es la finalidad de un comercial; y para los medios de comunicación masiva la fórmula producto-comercial vendría a representar lo que para el artista implica el problema forma-contenido.

En la sociedad de consumo el hombre se convierte en cosa; los medios de comunicación masiva son un instrumento provocador de tal situación. Sólo así nos explicamos la hostilidad que el sistema económico dirige hacia el arte en tales medios y la respuesta de éste al provocar con evidencias, a veces involuntarias, el verdadero rostro de la sociedad de consumo.

52

Cuando estudié pintura, por mi cuenta visitaba los hospitales y los manicomios. En los anfiteatros, mientras los estudiantes de medicina diseccionaban, yo dibujaba. En el Hospital de la Mujer, vi a las prostitutas desahuciadas, dramas tremendos entre los tremendos dramas del hospital, pero nunca me atreví a dibujarlas; me sentaba a la orilla de la cama y me ponía a platicar con ellas, sentía que al dibujarlas podría ofenderlas, lo que no me sucedía con los cadáveres y enfermos mentales.

Yo no soy pintor de probeta, tengo padres, hermanos, primos, maestros. Podría ganar buen dinero pintando marinas, paisajes y bodegones, pero yo prefiero pintar instintivamente, según el dictado de los testículos, el corazón y el cerebro, en ese orden.

Pinto feos, trabajadores, siempre descalzos. Sus manos, sus pies, dicen cuánto son usados; en esa proporción se desarrollan. Sus cicatrices, sus gestos, su mirada hablan de la realidad en que viven. Las cosas bonitas me disgustan, yo cultivo el feísmo.

A veces el instinto hace brotar cosas que rebasan irreversiblemente al propio cerebro.

Yo pinto por desahogo, no por satisfacción.

Amo los grandes espacios para pintar, por eso prefiero el mural, aunque sé trabajar muy bien el caballete.

Un mural no es un cuadro de caballete.

Han afirmado que soy quien mejor maneja las técnicas en México para mural y caballete, o mixto. Domino acuarela, pastel, óleo, temple, wash, carbón, tinta, acrílico, materiales sintéticos, escultura, barro, asbesto, fierro, lámina, la soldadura eléctrica que es muy bella... mis cuadros pueden durar doscientos años sin necesidad de restauración alguna.

Pintar es como lo que hace un albañil, como poner ladrillos, castillos, techos, cimientos; es manual, por eso estoy lleno de cicatrices. Me he caído de los andamios, eso me encanta.

53

Recuerdo a un albañil jarocho. Cuando pinté los murales de la Facultad de Medicina Veterinaria en el Puerto de Veracruz, me puse a estudiar la anatomía del caballo para pintarlo en disección sobre una plancha de concreto; me dijo el albañil cuando lo vio casi terminado:

—¡Oye *compita!*, ¿estás pintando un caballo al horno, o qué?

Pensé: éste me está entendiendo... entonces, lo que estoy haciendo vale.

El comercial es la expresión artística correspondiente al hombre codificado, para el cual un Rembrandt es un buen candidato a vender jabones desodorantes.

El consumidor cosificado, por su misma situación, no goza de autonomía para elegir lo que consume; en esto se parece al productor de arte, quien no goza de libertad para producir, pero que lucha por su libertad para producir.

Lo único comparable con la presencia táctica de lo humano es el arte: las almas ardientes de los artistas, de los poetas, en la sociedad de consumo denuncian el atropello. El grito del hombre deja de ser necesario cuando todo lo resuelve la máquina manipulada, que difunde e informa, pero no comunica; ¿quién, así, será capaz de escuchar las voces y los susurros en el huerto?

Recién egresado de La Esmeralda me organizaron una exposición nacional. En esa época pintaba óleos. Eran los tiempos en que se acostumbraba que la esposa del Presidente de la República, junto con las esposas de sus secretarios, repartiera despensas el 10 de mayo en el Estadio Nacional; iban todas pintadas y cargadas de joyas. Entonces pinté un cuadro grande, *Las hermanas de la caridad*: una dama encopetada, con guantes azules sobre los que se sostenían inmensos brillantes refulgentes que una campesina indígena besaba después de haber recibido una cajita de aquellas manos en azul, ante la mirada complaciente de otras encopetadas pintadas y cargadas de brillantes.

Aquello fue un escándalo, pero desde entonces no se repitieron tales ceremonias.

Un cuadro mío sirvió para evitar más ofensas a mi pueblo.

Hay que ser hombre de su tiempo. El camino es muy largo, pero es seguro; tú sigues *ladereando* para evitar las estrellitas en la

frente, llegas a tu destino después de salvarte de tantas tentaciones y dejas huella.

Un día me habló un amigo de que a un procurador general de la República le gustaba mi obra, y que le gustaría visitar mi casa para ver la producción reciente.

—Te comprará algo —me dijo.

—Viene aquí ese cabrón —le contesté— y le voy a decir el precio, no el de los cuadros, sino el suyo, *jijo* de tal por cual.

—No te dejas ayudar —me recriminó.

¿Por qué me tienen que ayudar? Yo no soy un minusválido, no necesito ayuda; yo vendo mi trabajo, doy más de lo que recibo... y todavía tener que soportar a tales por cuales.

A mis amigos puedo hablarles de mis apuros económicos, pero eso es otra cosa.

La profesión es muy cara.

Si quieres aprovechar la técnica, la tecnología que ofrecen la química, la arquitectura y otras disciplinas, este quehacer resulta más caro. Al iniciar el año de 1994, sólo el costo de los materiales que llevan mis cuadros ascendía a dos mil pesos; a finales del mismo año eso aumentó a tres mil quinientos.

¿Cuál es el rostro, el más alto, el más cierto del hombre del siglo XX? Ése a base de señales claras que indican épocas concretas, el del perfil de bombas de neutrones o el de guerrillero en la montaña;

el de un poeta o el de un trabajador minero, o el de un niño viejo. Nunca los artistas contamos con tal cantidad y variedad de materiales para expresarnos, ni tuvimos jamás mayor cantidad de información por tan diversos medios como ahora. Tampoco nunca nos encontramos tan alejados del sentido común con el miedo neurótico que nos produce caer en el lugar común.

Desde luego que no se trata de ponderar el arte iconográfico: si los murales antiguos debían estar plagados de retratos de sabios, políticos, héroes y antihéroes, los medios actuales de información –el cine, las revistas, los periódicos, la televisión– están saturándonos de información iconográfica, retratos ciertos y retratos falsos, imágenes alteradas de los valores fundamentales del hombre, rostros de políticos con el alma maquillada, galanes bonitos que nos hacen ver lo feo que somos quienes nos alimentamos con el dulce pan de la ficción glamorosa.

56

De entre la antiimagen impuesta, los artistas rescatamos la identidad y así nos salvamos los hombres de ahogarnos en un canal de desagüe.

La buena pintura está dotada de un orden cósmico, imposible de generarse en los aparatos mecánicos o electrónicos, aún en los casos más complejos, como las computadoras.

La pintura es como la sangre, como el plasma, untuosa, pegajosa, escurridiza, escandalosa y, sobre todo, siempre suele ser testigo impertinente de algo. Cuando la pintura, como la sangre, fluye por las venas del cuadro, da luz; pero cuando gotea, ensucia, mancha, repugna.

¿A qué sabe un pintor, un poeta, (Igor) Stravinsky, (Silvestre) Revueltas, a qué saben? Saben a fruta, pero no a fruta generada por tecnologías, como aquéllas que permiten sembrar nopales en Finlandia o magueyes en Groenlandia y hacer mezcal en Disneylandia.

Yo no pintaría en Suecia un payaso tricéfalo, tridimensional, triencefálico, trifálico, como sí lo hago aquí. Sólo aquí podía pintar a don Quijote de carne y hueso; el honrado, justo, sabio Caballero de la Triste Figura, el soñador enamorado, estremecido y espantado en sus bodas con la virtuosa Dulcinea hecha carne, voluptuosa, lasciva y mano larga.

Pintar es plasmar una experiencia o determinado conjunto de experiencias en la medida de la capacidad que cada creador tenga para integrar éstas en el orden justo de la forma y el fondo; pero el hecho mismo de crear la obra de arte no es más que una contingencia. Lo esencial es la vida misma.

Puede haber –y así fue en el pasado remoto–, arte sin crítica; lo que no puede haber es arte sin receptor.

57

México es incomparable, sinónimo de tantas cosas, tantos dramas, tanta historia; ni nosotros ni nuestros hijos debemos perder la memoria histórica. Que sigan siendo mangos, si son de Veracruz; pitahayas, si de Sayula y San Luis Potosí; ceibas, si de Chiapas, Tabasco y Campeche; flor, fruto, canto. Tenemos que reflexionar sobre nuestro rumbo, sobre nuestra ruta.

Nuestra cultura es muy fuerte. ¡Cuántos que llegan a México con afanes conquistadores salen de aquí conquistados! Los vecinos del otro lado del río Grande, a pesar de su penetración económica y política en la vida nacional, gracias a que algunos mexicanos educados allá les sirven como instrumentos, reciben nuestra influencia cultural al tiempo que físicamente nos reproducimos allá incluso en vientres gringos.

Mexicano que pierde la esperanza y el amor deja de ser mexicano y se convierte en *gringadera*.

México es un país vivo. Hay países muertos, ahí todo es tan perfecto que los hombres parecen muertos. Los fines de semana se destrampan hasta los extremos increíbles que pueden tener las pasiones humanas; y el lunes con sus trajes sastre, con sus corbati-
tas, como si nada.

Yo no podría vivir en otro país. Amo a mi México. Lo que pinto, ¿crees tú que se me ocurriría en un país diferente? El artista es como la fruta. El mango, según los adelantos de la ciencia, puede sembrarse y producirse hasta en Siberia, ¿por qué no hacerlo?; pero, ¿el sabor será igual?

El crítico de arte se autotitula fiscal al cuidado de los intereses estéticos del mercado del arte, de la sociedad, pudiendo, si lo desea, coadyuvar a la comprensión plena del fenómeno del arte y su consecuente difusión pública y, si para ello está dotado, como

(André) Bretón o Luis Aragón, participar en el fenómeno mismo, pero siempre aliado al artista y no al mercado del arte.

El arte no es sumar ni multiplicar, es dividir y restar; pensar en luz, en las sombras, en el blanco opaco y en el negro luminoso. Mi vocación es hacer arte, mi anhelo es hacer arte a niveles muy altos; eso sólo se logra con muchos años de ejercicio, disciplina, horas y horas, salud física, salud mental, pobreza; estar dispuesto a ser explotado, humillado, todo integrándose a este trabajo por el arte; te calas si vas a poder o no, y hay quienes no pueden: a medio camino se ponen a hacer concesiones, a repetirse, a buscar la producción comercial. Las galerías de arte no me pudieron apresar; tampoco los coleccionistas, ni los críticos de arte al servicio de la cultura oficial.

Mírame aquí, probando con técnicas nuevas, lacas con acrílico sobre madera, sobre cedro, caoba o encino; ¿quién lo ha hecho? Mira esos colores... quienes dicen conocer mi obra se preguntarán, ¿y eso?: oaxaco-indio-asiático-egipcio-jalisquillo-babilónico... juego, juego con la técnica, con los colores, con el estilo, con el espacio, con la luz... ¡cómo me divierto! ¡Esa es la libertad!

59

A veces me pregunto, ¿por qué resistes tanto?, ¿de qué te hicieron? Y me contesto: de fierro no; probablemente de humanidad real, no de humanidad ficticia.

Mural *El libro abierto de la Revolución en Veracruz*, 1961. Técnica: acrílico sobre aplanado de concreto. Fotografía: Héctor Montes de Oca. Está ubicado en el edificio de Administración Escolar perteneciente a la Universidad Veracruzana. Representa un gran libro abierto con escenas del movimiento revolucionario: por un lado, el pueblo que con las armas peleó por su nación; por el otro, los pensadores de la época que apoyaron esta causa desde sus trincheras.







Detalle del mural *La lucha obrera*, 1962. Técnica: acrílico sobre aplanado de concreto. Fotografía: Héctor Montes de Oca.

El hombre no se conforma con adaptarse a la naturaleza, la transforma en función de sus necesidades de evolución, inventa objetos y crea medios para producir esos objetos, herramientas y máquinas por demás complejas; construye y produce los más diversos valores materiales, proyectando sus aptitudes, sus conocimientos y su habilidad en bienes materiales y espirituales. Y cada generación comienza en un mundo de objetos creados por las generaciones precedentes.

Para el capitalista, la empresa no lo es por lo que produce, sino por su ganancia. Por eso está dispuesto a producir lo que sea, desde calcetines hasta bombas atómicas. En tales condiciones todo toma un carácter doble, de limitación y desintegración de la propia actividad y conciencia del hombre. Igualmente en la cultura espiritual, por lo que ésta sirve a sus intereses, produciéndose una estratificación de la cultura, como un hecho en sí mismo, para consumo de las clases dirigentes; valores cognoscitivos, morales y estéticos que justifiquen y perpetúen el sistema social existente y además aparten a las masas de su lucha y paralicen su voluntad.

Puesto que la concentración de la cultura mundial no ha hecho más que reforzarse, de manera que ciertos pueblos han sido sus principales receptores y en otros esta cultura ha sido asfixiada, las relaciones entre los países se han desarrollado no sobre la base de la

igualdad en el derecho, la cooperación, la ayuda mutua, sino sobre la base de la dominación del más fuerte sobre el más débil.

La ocupación de los territorios, el saqueo de las poblaciones indígenas y su posterior esclavitud, la transformación de esas poblaciones en colonias, todo provocó una detención de su desarrollo y una regresión de su cultura. Ello se explica por el hecho de que esos pueblos fueron privados de las condiciones materiales indispensables para el desarrollo de su cultura, y además porque se construyeron barreras artificiales que los separaron de la cultura mundial.

64

Arte es sinónimo de subversión. Desde este punto de vista, ante la definición del arte actual, el artista verdadero se define, se sitúa y se identifica con el cambio social y compromete su actuación como hombre con la de los demás hombres en la lucha común, en la tarea común cuyo objetivo principal es la construcción de un mundo nuevo.

El trabajo que realicé con Siqueiros en cuatro de sus murales, incluyendo el Polyforum, fue para mí como un doctorado. Labor simultánea, como brazo derecho e instructor de los ayudantes.

Yo venía de realizar once murales para la Universidad Veracruzana por un sueldo de tres mil pesos mensuales y los materiales necesarios; honorarios de tal precariedad que me hicieron terminar tuberculoso, por la falta de alimentación adecuada.

Por el mismo sueldo fundé, además, el Taller de Artes Plásticas de la Universidad Veracruzana, con Norberto Trejo Martínez.

Siempre agradeceré a la Universidad Veracruzana la oportunidad que me dio de realizar tanta obra mural en cinco años de trabajo intenso. Terminé enfermo, pero muralista.

En Veracruz nacieron mis hijos Gabriel y Alejandra. Paloma y Valentín habían nacido antes, en la Ciudad de México. Bruno nació en el Distrito Federal, después de los cuatro.



L 968, fractura grave, cambio de máscaras. El gobierno que provocó la náusea convirtiéndose en una bola de pelos en el estómago del pueblo. Yo no podía llevar mis cuadros a las manifestaciones, tenía que encontrar otra forma de protesta, de participación militante.

La indignación me hizo compositor y cantor, casi poeta, recorriendo todo el país con mi guitarra y mi voz; ofreciendo recitales en plazas públicas, estaciones de radio y televisión, películas y discos.

Y conocí la Penitenciaría del Distrito Federal: me detuvieron en la avenida Revolución, en la noche; me llevaron a la Onceava Delegación y después a la Décima “por ser la que corresponde a

Mixcóac”, según me dijeron los guaruras. Me interrogaron, me acusaron y me metieron en una galera bañada de sangre; con frío, sin luz, sin cobija ni litera, cuarto pequeño con letrina nauseabunda. Por la mañana me volvieron a interrogar y enseguida se levantó un acta en papel azul.

Allí pasé dos días con sus noches y me remitieron a la cárcel preventiva de la ciudad, alias Palacio Negro de Lecumberri; me ficharon con fotografías de frente y de perfil, huellas de los diez dedos de mis manos, con número que no recuerdo. Fueron días sin comer (por indignación) y sin dormir (por el frío).

Me pasaron a una celda más nauseabunda que la primera. A las cuatro de la mañana estaba haciendo fajina, lavando letrinas y patios. Una hora después nos llevaron a dormir de nuevo para que a las seis, cuando el frío se había reconciliado con el sueño, las mentadas de madre nos anunciaran que debíamos ir al rancho (desayuno). Yo esperaba como alimento tarántulas y alacranes, pero fue atole y bolillo; era la tercera jornada sin comer, sin dormir.

El Palacio Negro de Lecumberri divierte en la medida de la indignación de cada persona, con sus celadores que obedecen fielmente el programa oficial apoyado en el concepto de que perro y preso son lo mismo.

Y con la cabeza pelada, la mugre y el deseo de que sea pronto cuando cobremos la cuenta, me caló hasta los huesos la noticia de que estaba bajo libertad caucional. ¿Cuál era mi delito? ¿Secuestrador?, ¿asaltante?, ¿asesino? Un preso compañero de celda me hizo la pregunta obligada en estos trances.

—¿Por qué te metieron?
—Por lo mismo que a ti —le contesté.
—¿Cómo lo sabes?
—Es claro, por pendejos, ¿por qué otra cosa?

Es increíble que mis ex compañeros comunistas, ahora destacados representantes populares o funcionarios públicos, no contesten mis llamadas telefónicas o me atiendan a través de sus ayudantes, después de hacerme padecer horas de espera en una antesala.

Entre los políticos actuales hay quienes sólo conocen la vía del retroceso histórico; otros, sólo el camino trillado por donde han transitado los priístas, plagado por la burocracia y los intereses personales; o la ruta confusa de quienes soñaron con la abolición de las clases sociales y la propiedad privada pero fueron apabullados por la burocracia y la disponibilidad de presupuestos para hacer política y con los hechos han evidenciado debilidades que no mostraron ante la pobreza, la persecución política, la cárcel y la represión oficial.

67

Pensemos en el color de las ciudades: rosa, Zacatecas y Querétaro; verde, Oaxaca; sangre coagulada, México. Cantera rosa, cantera verde, tezontle rojo. Y las asociaciones de ideas inevitables.

El centro de la Ciudad de México me habla de las matanzas, de la Inquisición, de Tlatelolco... el tezontle, el basalto, la piedra están llenos de lamentos; camina por las calles y las plazas, oye cuando hay soledad... el tezontle cantándole a la muerte, al dolor, a la sangre, a las lágrimas con que fue construida esta ciudad.

Hace mucho he venido proponiendo que se construya en esta ciudad un museo de sitio de la tortura; hay aparatos, libros, grabados, dibujos, pinturas, agua mineral con chile piquín; ¿por qué no, si la siguen practicando?

No me hacen caso los funcionarios y siguen con sus prácticas *burocráticas* de todos los días, víctimas del *burococo*. Los comprendo. El *burococo* es malo; es peor que el sida, la sífilis, el cáncer, peor que la diabetes; consume personas, espíritus, pueblos, instituciones, naciones, culturas, sistemas sociales; genera guerras, genocidios.

68

Un día, harto, estallé contra el secretario de Hacienda del sexenio anterior: ¡Soy creador de bienes de cultura, ustedes deben conocer la diferencia entre estos y los productores de bienes de consumo! ¡Mi puerta está abierta siempre; sus guaruras no tendrán que tocar, mándelos a detenerme por evasor! Fue durante una entrevista radiofónica. Le puse la grabación a Jaime Sabines, y le pregunté:

—¿Qué te pareció?

—Bien —me dijo—, excepto en una cosa. Yo tenía, por mis conocidos, conseguida una beca para ti de la Comisión Nacional para la Cultura y las Artes, una beca permanente; pero te lanzaste, retaste de manera muy tosca. Me cortaste las alas.

—Ay Jaime, ¡qué doloroso sería cortarle las alas a un poeta!

Es un centro de verano, inmenso, como una ciudad dentro de otra ciudad; repleto de gente toda feliz disfrutando de mil y un atractivos ahí reunidos. Yo también me divierto, veo mujeres muy hermosas y me divierto con ellas, las deo, las celebro y eso me entusiasma, como parte del estado de ánimo normal en ese lugar.

Al pasar por uno de los lugares más concurridos veo desplomarse a un niño; se le tuercen las piernas y se pone muy blanco como si en ese instante mismo perdiera sus carnes y quedara en los puros huesos forrados de papel. Se lo llevan, y ese es el principio, sólo el principio.

Ahora lo único que tiene carne es el silencio. Más y más personas se desplomán. Es una peste que está atacando a la humanidad, me supongo, por estar este sitio ubicado en lo alto de una colina puedo observar todo el valle en este atardecer rojizo, lleno de cadáveres, pilas blanquecinas cubriendo toda la superficie hasta el horizonte casi envuelto en la oscuridad de la noche.

A estas alturas me preocupan dos cosas: que a mí no me pase nada y el no tener conmigo pinceles, mi papel, mi cámara fotográfica, mi guitarra, mi papel pautado. Sólo mis titubeos de intelectual neutro.

¿Acaso los cuadros son ventanas que abrimos los pintores para que el hombre testimonie su propia capacidad para transformar la vida?

Aquí, en el centro veraniego siguen cayendo personas, una tras otra, unas sobre otras. Los empleados se autonombren médicos y enfermeras y empiezan su labor lanzando al vacío cuantos cadáveres encuentran que, rodando, se suman a los del valle. Los que

no mueren, convulsionados por la *enfermedad*, sufriendo terribles calambres en sus cuerpos secos, son colocados en todos los rincones aún disponibles.

Yo me sigo divirtiendo. Veo a las muchachas cómo pasan y me dicen que quieren estar conmigo; saludo a mucha gente y observo en sus caras el deseo de vivir sus últimos momentos como si nada sucediera, pero a mí me pasa otra cosa.

Tengo una absoluta confianza en mi constitución física, sin embargo siento que mi vientre se endurece; esto me angustia un poco a la vez que pasa un vendedor de aparatos que, según me explica, sirven para contrarrestar los dolores y calambres producidos por la peste. Son pinzas dentadas para tronarse con ellas los tendones y, si es necesario, los huesos para mitigar el dolor y sentir un ligero alivio frente a lo inevitable.

70

(Posiblemente con los huesos... quemándolos, podría dibujar sobre la piel de los muertos extendida a manera de papel).

Cuando este improvisado vendedor descubre mi escepticismo, me empieza a tirar al estómago diferentes objetos como sombreros bombín, peines con los dientes limados en sus puntas, para que sirvan como instrumentos de masaje a la vez que me afirma el haberse dado cuenta que mi estómago está endureciéndose rápidamente, síntoma de que la enfermedad ha sido contraída.

Yo sigo recorriendo todo el centro, subo por escaleras de caracol hechas de cemento armado y ahí observo el paisaje interior del centro: promiscuidad de la vida y la muerte. Me deslizo por rampas tubulares que me llevan a otros sitios, todos llenos de gente que muere y gente que charla. Caigo de pronto en un cuarto lleno de un

vapor viscoso, donde se encuentran nada menos que los enfermos más graves. Siento su contacto físico al caer sobre ellos; se me pega su sudor baboso, sus huesos sus pellejos, sus lamentos. Me sigo sintiendo fuerte. A pesar de todo, quiero seguir preocupado por mis pinceles y mi guitarra, pero ya no puedo estarlo como antes. Mis ideas ya son plasmas verdosos sin placenta, y mi indignación es un tenue contacto sin vértebras.

Aquí experimento por primera vez el placer de verme involucrado en una huída, en el momento mismo en el que la ciudad traga, convertida en voraz descensor o como una mujer interminable, diagonal, amplia, con pezones de concreto y entrañables letrinas humeantes, como pubis alcantarillados, mujer gira a mayor velocidad que el grito.

La ciudad traga, tritura, digiere, defeca y muere.

71

4. 4. 1997

Y es que nuestro país,
son muchos países;
por eso...

22. 7. 1988

Hoy fue un día merecido.
Por la noche las pesadillas me invadieron.
Hoy fue un día merecido.
Sin miedos; la autoconfianza
me invade. Soy yo. Lo sé.
¿Me lograré? No sé.
Por la señal de cada día
el amanecer es esperanza.
¿Y la noche? Pensamos:
escribo a “medias tintas”
pinto si me encuentro lúcido.
¿Eso de edades diurnas o nocturnas?

72

Lo sé; puntos los días, canas las noches.
¿Por qué? Lo sé: los días son pesadillas
reales, las noches sudor al dormir.
Las noches y los días ya están
matrimoniados para siempre.

Los abogados no saben qué hacer
para separarlos y seguir con
sus negocios.
Ellos no aprenderán jamás
lo que un domingo aburrido
se enoja con un lunes productivo.

Noches de por medio, lunas a veces
ocultas despiertan al amanecer.

Cuando descubrí el silencio
no era niño, no era joven.
Cuando descubrí el silencio
era niño viejo, lleno de silenciosas
arrugas y dolores en mi cuerpo.

Cuando descubrí el silencio
las sonoras amantes de mi yo
me invitaron a hacer el amor
en silencio, silencio nuestro
silencio de dos: yo y yo.

Cuando descubrí el silencio
fue el asombro de la sinfonía
galáctica.
Luna espléndida y fogosa blanca
con luceros acompañados en silencio.
Silencio, te siento aunque no
te toque.

Silencio de sensualidad relajante.
Insaboro silencioso presente.
Indispensable pesamentero.
Silencio espantador de ruidos
inutilizables.
El silencio es el juguete favorito
de los niños viejos. Como yo.

EL BIZQUITO

74

Dormitando entraba al salón de clases. Cansado por preparar la comida, arreglar los dos cuartos de la vivienda, lavar, planchar y ayudar a mis hermanos menores a arreglarse para ir a la vespertina a la hora de más calor. No entendía nada de lo que el profesor decía, me arrullaba su voz. Me despertó un reglazo en el hombro. Regla de a metro, hecha de madera, se rompió. Al despertar oí la voz del *profe* diciendo:

—¡En mi clase nadie viene a dormir! ¡¡Bizquito!!

Regresé al circo porque ahí eso es cualidad; como payasito hacía reír más al público por mi ojo chueco. A los siete años de edad nos divertimos más.

EMBARAZO

La mujer es la luz cósmica
del nacer yo, tú, ella.
El embarazo en la mujer dura
nueve meses.
El embarazo en el hombre
dura de la vida *pa'* delante.
Hombre embarazado de
mentadas.
Mujer embarazada de verdades.

75

PARAÍSO NEGRO

La cama en que me encuentro
no es mía.
La muchacha que me acompaña
no la conozco
intuyo en su amable frialdad
intentos de convencer

que me decida a tomar la cuerda
que pende del techo
techo de agujero negro profundo
amplio
veo rostros que me invitan a subir
al paraíso
paraíso negro con rostros amables
caras desborradas
no quiero tomar esa larga cuerda
me lanzan otra
negra de suciedad vieja de años
podrida
no me interesa poseerla y la quitó de mí
la cama se mueve
por sus espacios aparecen contoneos
sensualidad ella
no me convence ni apetezco su nalga azul
aparecen 8 ó 9
hombres exactamente iguales traje negro
con chaleco
impecable peinado lacio igual
todo
caras exactamente iguales
todas
anteojos idénticos en cada uno
portan





Mural *La lucha obrera*, 1962.
Técnica: acrílico sobre aplanado
de concreto. Fotografía:
Héctor Montes de Oca. Fue
realizado por encargo del
líder del Sindicato de Obreros
Textiles en el edificio que fuera
su sede. La obra ilustra una
escena de sublevación de la
clase media trabajadora, en un
momento en que sus derechos
eran pisoteados por intereses
extranjeros y nacionales.



Detalle del mural *Liberación*, 1962. Técnica: acrílico sobre aplanado de concreto. Fotografía: Héctor Montes de Oca.

¿Por qué nos alarma el viento?
¿Por qué nos sobresalta el movimiento?
¿Por qué nos asusta el trueno?
¿Por qué competimos con el movimiento
rítmico de nuestra pareja en el coito?
¿Por qué nos marea el movimiento
mental cuando llega a las alturas?
El cementerio es estático, no se mueve.
Las casas son féretros.
Las ciudades se mueven de noche,
cuando tú, estático, duermes.
Las calles son dinámicas si tú las caminas.
Los tornados son alertas amorosas
que te recuerdan el movimiento del cosmos.
Los volcanes eructando son luz-lava
que te ilumina la memoria.
Los ciclones son acicates recuperadores
de tu permanente movimiento.
¿Tienes miedo? Mételo al carrusel.
No conozco el aburrimiento.
Me muevo como guerrillero ante la nada.
Me veo niño jugando con albercas
de charco contaminador.
Me entiendo coyote cazador de miedos.
Me trueno los dedos para expulsar
mis dudas.
Para seguir dudando.

HAY ENTES QUE
NI NUESTRO ASCO
MERESEN.

EL ÉXITO

El éxito, la gloria, la fama, la inmortalidad, el campeonato mundial, el triunfo que da riquezas, admiradores sumisos, aduladores salivosos, incondicionales, vanidad triunfante, estridente, abismal.

Alcurnia de nariz fruncida, popofonía inútil.

Dineros que alimentan veleidades, caprichos insanos.

Triunfalismos ayunos de amistad, generosidad vital.

Exitoridades generadoras de altanerías insolentes, humillantes.

Espejismo triunfal, vanidad vanagloriosa.

Gloria ondeante de gloriosas estulticias.

83

Exitoso parlante: palabras, palabras, palabras.

El triunfalista no distingue entre la gente de *adeveras* y de mentiras.

Prepotente, confunde la gimnasia con la magnesia.

Adulador de mediocres a quienes ofrece a su mujer.

Paupérrimo incapaz de aceptar el ser un sin dinero.

Involutivos incapaces de crecer terminan enanos.

LA LUCHA

Batalla incondicional contrapunteada con lo triunfante.

Luchador acorazado con humildades elevadas.

Pensador de utopías refrescadas con lágrimas varoniles.

Conocedor de realidades profundas se queda con la gente de *aeveras*.

Auscultador de telarañas, desentraña

la mentira endémica para salvar a la verdad.

Gladiador solar que ama a la luna sin condiciones.

Amante amoroso de la nada que es su todo.

84

Perdedor de cocteles, jolgorios, estupideces.

Amoroso humilde a punto de morir.

Humilde albañil que sabe cómo comer y cuándo.

Único desafiante de la ley de gravedad

por los más altos espacios a golpe de marro.

Enfrentador valiente y suicida ante el agravio.

Siempre está informado de historias y poesías.

La sencillez: esplendor de la grandeza.
La sencillez: arma de cosas primas.
Lo sencillo es adentro hacia fuera.
Amorosos sencillos multiplicados.
Amigos sencillos como abejas amables.
Suyos son los espacios caminantes
ansiantes amantes bañados
de sencillez.

Los con dinero
perfuman.
Los sin dinero
apestamos.

85

No soy pobre
soy sin dinero
que no es lo mismo.

1997

CUANDO CONSUMES
DE MANERA IMPRUDENTE
DESTRUYES TODO LO QUE
TE RODEA.

U N ALEJANDRONAFOVO
DESALEJANDRONAFOVISÓ
DE ALEJANDRONAFOVÍA
A LA ALENJANDROSONFONÍA
QUE ALEJANDRÓFOBOS
DESALEJANDRAVASABAN
NOCHE Y DÍA
Y TODAVÍA.

ORAR ES LLORAR
LLORAR ES ORAR.

VIVIR ES PAGAR, PAGAR,
PAGAR, PAGAR, PAGAR,
PAGAR, PAGAR, PAGAR,
PAGAR, PAGAR, PAGAR.
MORIR ES DEJAR DE PAGAR.
¿LA MUERTE ES EL PARAÍSO?

Aquí está el infierno, la gloria, el paraíso
aquí está la deuda, el pago, el dolor, la alegría
aquí está la vida, la agonía, la muerte, el llanto
aquí está el consuelo, el desamor, el amor, la duda
aquí está la respuesta, la utopía, la violencia
aquí está la mentira, la máscara, la verdad
aquí está el rostro desnudo, el ser, el yo, el algo
aquí está el desmejoramiento, el alivio, el sol
aquí está el diluvio, el fuego, Dios, satán
aquí está el futuro, la nada, el sueño
aquí está el drama, la noche, la aurora
aquí está el hombre, la mujer, los hijos
¿Nuestros antepasados con sus memorias?
Nuestro dignísimo autoamor luminoso?
Aquí está, aquí está, aquí está
la Tierra.

90

03. 30. 98

¡Qué fácil es escribir
cuando es fácil escribir!

SI FUERA YO

U na trompeta, una guitarra,
un piano, un violín.
Todo eso y más: percusiones, marimbas
me bastarían hasta cierto punto
musical, claro.
Ejecutaría todos los instrumentos
a la vez en tabernas, cabarés,
cantinas *chilapandrosas*.
Burdeles sí, amo a las prostitutas porque son
el proletariado del talón.
Si fuera yo, me desgranaría de *chingandréporas*.
Si fuera yo la guitarra
con los lentes mientras ejecutaría
una obra de Berlioz en piano
con las uñas de los dedos de mis
pies y a la vez con mis lentes
tocaría violín al estilo Paganini.
Si fuera yo, amaría al piano
como una mujer percusiva.
Con la trompeta el blues
sería sobada de almas
solitarias anhelando
compañías perpetuas.

Si fuera yo los contrabajos
se casarían con los chelos
hasta siempre y nunca más.
Si fuera yo, armaría una
orquesta con tiempos,
espacios, horizontes mezclados,
angustias securas de boca
agonías al amanecer incierto.
Dolor de saxofón,
tristeza de tambor, de
cascabel bailando en el zócalo.
Si fuera yo, amaría a los alacranes
que silban muy quedito sobre los
techos y son valientes cuando se
lanzan al fuego o atacan a
quienes consideran enemigos.
Si fuera yo sería alacrán.
Si fuera yo cantarían a los pájaros
en invierno para aprender
la música que ellos estriden
en primavera.
Surtiría de sol a las lagartijas.
Aprehendería a las plumas
fuentes para cuidarlas.
Sería voceador de periódicos
aéreos.

Auscultaría a las gardenias
maduras.
Tendría coitos con el universo.
Aventaría mis manos a lo
más telúrico de una vagina.
Soltaría a mis más íntimos
animales a comerse a las estrellas.
Si fuera yo, tú, él, nosotros.
Ellos, ¡no!

DOS COJINES

93

A la entrada de un callejón ¿qué pasa? Veamos: indiferencia ante dos cojines colocados a la vista de todos, pasan niños curiosos y se divierten sobre ellos. Los adultos sienten asco y regañan a los niños: ¡deja eso, cochino!

Llegan macheteros a cargar madera sobrante de una obra. Llueve, dos mujeres y dos paraguas.

Indiferencia, no pasa nada, dos cojines para ellas no existen.

Aparecieron en escena unos vidrieros, colocaron su vidrio más grande sobre uno de los cojines; trajeron otro vidrio; ellos si tocaron el cojín para sentir si estaba lo suficiente blando.

Los de los vidrios intentaron usar los cojines para su trabajo. Consideraron que no les servían y los tiraron. Bajé a acomodarlos de nuevo.

Un tipo medio briago y medio aburrido jugaba con un llavero como queriendo pelear. Cuando bostezó me metí cerrando la puerta para ver desde la ventana.

Salió del callejón una familia numerosa: niños y señoras. Se despidieron de abrazo-beso; a los cojines ni los miraron.

Decidí acostarme a dormir.

Al día siguiente vi los cojines sobre el cofre de un coche.

Más tarde vinieron los del camión de basura; a los cojines ni caso les hicieron.

Al no sentirse útiles, los cojines desaparecieron.

MORIR NO DUELE

Si me pego un tiro en la boca y muero
no me duele como si me pego un
tiro torpe en un costado: primero
no me duele, pero después sí.
Si me arreo a fregadazos con alguien

un golpe en la cara no me duele,
después sí.

Si hago el amor después de no
hacerlo durante algún tiempo,
a la hora de hacerlo el capote
del falo no me duele, después sí.
Cuando mato a una persona
o a un animal no me duele,
después sí.

Cuando muero por las noches
no me duele, al día siguiente sí.
Si tengo miedo de morir me duele,
al morir no siento dolor; si
continúo vivo me duele, sí.
Cuando estoy consciente que la
muerte es la liberación de la
energía camino a la paz de verdad
no me duele.

Cuando veo horizontes infinitos
que me esperan sin pasaporte,
totales para mí, siento y pienso
que llegué al cosmos absoluto.
Ya no duele, no sé, soy, estoy.

Llegaron mis petates frescos.
Mortaja cómoda y confortante.
Pedí mi mecate de palmilla
trenzada y de diferentes colores
para el amarre.
No quiero que me quemem y pedir
que mis cenizas contaminen
el Lago de Chapala.
No quiero caja de caoba.
Menos de metal.
Gusanos, moscas, chapulines, mosquitos,
Hormigas, serpientes, iguanas, tortugas,
pájaros, itodo comí! Menos al hombre,
está lleno de defectos.
¿Por qué no devolver a la vida
lo que ésta me ofrendó?

B AJO LA LUNA
ESTÁ LA BRUJA.
EN EL HOYO NEGRO
ESTÁ LA MUERTE.
TÚ DIRÁS.

Mural *Liberación*, 1962. Técnica: acrílico sobre aplanado de concreto. Fotografía: Héctor Montes de Oca. Se encuentra en el Tribunal Superior de Justicia, a un costado del Palacio de Gobierno en la capital veracruzana. En el mural se ilustran los temas que siempre preocuparon y ocuparon a Mario Orozco Rivera: la injusticia, la pobreza, la opresión. En primer plano está un hombre rompiendo unas cadenas y un símbolo de la justicia y la equidad con los ojos vendados. En el extremo derecho se aprecia a una pareja sosteniendo a un niño en brazos y observando las escenas bélicas.







Detalle del mural *Adolescencia*, 1964. Técnica: acrílico sobre aplanado de concreto. Fotografía: Héctor Montes de Oca.

(ME LO CONTÓ SIQUEIROS)

Manolo, en plena Guerra Civil Española, recibió una noticia: Su mujer lo estaba engañando. Pidió permiso de enviar un telegrama desde el frente. Le permitieron enviarlo siempre y cuando fuera cortísimo.

Telegrama de Manolo:

“Mujé: mientras yo obuses por acá, tu abusas por allá”.

1998

101

Jesús de Nazaret es mi camarada: moreno, *birriando*, que no sé porqué lo pintan güero, rubio, sonrosado y de ojos claros. Él era un hombre del desierto, andariego, piojoso y trasijado que no podía tener ese aspecto.

Ni con el Papa, ni con Dios, con Jesús; con el que nunca se mezcló entre monarcas, jercas u oligarcas, como hacen los Papas.

Pinto estas letras con ese optimismo que me dan los colores bañados de verdades bellas. Cuando decidí ser comunista me iluminé de colores permanentes para siempre jamás. El color del verdadero comunista no conoce de grisallas circunstanciales o tácticas. Es color o no es color. Nunca color de temporada. Envejezco físicamente más comunista que ayer. Concientizo la mentira de los ultras convertidos en *intras*. Como lo que soy, payaso de circo verdadero, río a carcajadas dolidas de hermosas esperanzas. No perdono mis dolencias de mimo cicatrizado. Mis heridas francas me impiden conocer el perdón. Me enseñó a mí a luchar contra el perdonar a gandallas buscones sin imaginación siquiera para ser elegantes virus hedores.

Canto himnos a corazón luchante para no perder la ruta que inicia caminos empedrados de sombras llenas de esplendor.

102

01. 28. 98

¿Alguien ha visto alguna estrella, galaxia, cometa, planeta o cualquier otro cuerpo celeste cuadrado? ¿No? Porque no existe.

El cuadrado ha servido para parcelar la tierra; para hacer guerras, para generar odio entre familias, padres-hijos, nietos-abuelos... es la antítesis de la vida... ¿Cómo rescatar la vida?, con ovoídes, elipses... con una geometría nueva. ¿Queremos una economía nueva?, hagamos una geometría nueva; ¿amor nuevo?, hagamos

una geometría nueva. ¿Cómo hacerla?, con memoria histórica; aprendiendo lo que no se debe hacer, aprendiendo a través de tantas geometrías obsoletas.

La tierra está viva; no lo entienden los geólogos, no lo entienden los ingenieros. Como vivir duele, y más duele saber que uno nace solo y muere solo y puede vivir solo, como una forma de bien-vivir que no comprenden muchos, no faltan quienes dicen que la tierra es un valle de lágrimas. Pero yo estoy de acuerdo con Carlos Marx, quien afirmó que tal valle no existe.

El planeta tierra es arquitectura, como las galaxias, los agujeros negros, las estrellas nova; pero nosotros no conocemos al universo como arquitectura.

La tierra es un piojito vivo en medio del cosmos.

La arquitectura es geometría. La estructura de la tierra es eminentemente geométrica. En la medida que la tecnología y la ciencia avanzan, el hombre entiende la geometría cósmica, tan diferente a la geometría euclidiana, planimétrica, que ha predominado durante siglos. El concepto cambió y dio pie a una concepción de la geometría telúrica que estructura a todos los planetas, estrellas, aerolitos, meteoritos, galaxias.

Cuando el hombre se dé cuenta de todo eso se va a llevar una maravillosa sorpresa. Porque podrá entrar por primera vez a su casa natural desechando las casas artificiales que ha construido sobre la corteza terrestre, como en su azotea, cuando tiene tanto material geométrico, estructural.

En el futuro habrá que establecer la arquitectura geométrico-arquitectónica de nuestra casa hecha por el cosmos, herencia

universal; después, diseñar ciudades y todo lo demás: centros de trabajo, descanso y esparcimiento confortables, de clima permanente sin frío ni demasiado calor; grandes espacios para trabajar, fabricar, construir, crear, pensar, amar; invernaderos a base de electrónica computarizada, piscinas... el sueño de los romanos, alimentar sus baños erótico relajantes, será realizado a plenitud. Los mares se purificarán, las estrellas serán disfrutadas a plenitud, las galaxias tendrán la claridad suficiente para ser contempladas a vuelo de pájaro; el ozono volverá a funcionar; la atmósfera limpia nos permitirá contemplar las lunas llenas de octubre. No habrá asilos de ancianos, pues entre los ríos y lagos, en el silencio cósmico lunar y solar, esos adultos mayores podrán reflexionar mejor para darnos lecciones totales.

104

¿Dónde se disfrutará el ocio?

En nuestro jardín planetario.

¿El hombre nuevo será de carne y hueso?

El hombre nuevo tendrá carne más sana y huesos más fuertes que los del hombre viejo; va a ser eminentemente pensante, cogedor de mariposas y amores.

La mujer nueva, el niño nuevo, disfrutadores de la alegría y el divertimento correspondientes; gozando su talento, su imaginación, su pensamiento y su capacidad creadora, el hombre nuevo...

Habrà una revolución superadora con memoria histórica, para el hombre nuevo de su tiempo y espacio. No será como en *La máquina del tiempo* de H. G. Well, donde monstruos subterráneos, enemigos de la luz, aterran a los hombres; ni mucho menos será como en *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury donde las paredes

caseras sirven lo mismo para bombardear con mensajes idiotizantes que para detectar y reprimir las aspiraciones de libertad entre los seres humanos.

La tierra en sí contiene una arquitectura, además de la arquitectura exterior. Algún día descubrirán esa arquitectura insólita.

El hombre del futuro hará arquitectura telúrica, en carreteras, viaductos, acueductos, vías de alta velocidad, sistemas de ventilación e iluminación muy superiores a los actualmente conocidos. Dejará de habitar sólo la costra de la tierra, ésa quedará para las especies perdidas que requerirán rescate; habrá alta tecnología que facilitará su adaptación. Los hombres trabajarán menos; el trabajo será menos pesado; después de ocho horas laborales podrá salir a la faz de la tierra con una velocidad enorme. No habrá naciones, fronteras, repúblicas, razas ni divisiones políticas.

105

Mi tesis está sustentada en la ciencia y la tecnología más avanzadas. Según mi concepción tecnológica, científica, filosófica y poética, surgirá un nuevo orden universal, armonioso.

Ya pensé en las piezas: desde tu cama, con un botón podrás cambiar el color; así como hay manejo de la iluminación fuerte o tenue, así podrás cambiar el color de tus habitaciones; la luz saldrá de los muros, no habrá focos; los muros serán copartícipes de las construcciones, como lo son a pesar de tanto menosprecio. La arquitectura será diferente, los materiales también. La costra terrestre será una enorme área jardinada, a donde saldrán quienes habiten la arquitectura telúrica. Se limpiará la superficie dejando sólo los monumentos que valgan la pena. Los ríos serán limpios, como el aire. Como se trabajará menos y se dispondrá de más tiempo para

el ocio, los hombres se dedicarán a cuidar el planeta tierra para disfrutar más.

El pensar en esto me llena de optimismo y esperanza, a pesar del caos que ha creado el hombre. Esto no será comunismo, será una fase superior.

Todavía no entiendo la dimensión del error de haber abandonado el circo. Nunca me lo perdonaré. A esta edad estaría haciendo pantomima, mímica de circo. Me estaría divirtiendo como enano; como enano de circo, desde luego.

106

Aquel mundo es pequeño, más lo parece por integrado; es una familia, un clan, como es entre los gitanos. Un cirquero se casa con una cirquera. En el circo, desde recién nacidos los niños, los entrenan; cuando son adolescentes, físicamente preparados, escogen: trapecista, domador, contorsionista, malabarista, barrista, alambriero, mago, payaso, mimo, fenómeno. Las familias buscan dentro del mismo circo o en otro; si a una muchacha le gusta el trapecio en un circo y en otro circo a un muchacho le gusta el trapecio, se comunican y se va preparando el matrimonio para hacer equipo, para asegurar el futuro. El trabajo une a las parejas.

A los payasos no nos buscaban una payasa, podíamos seleccionar a voluntad; un payaso puede hacer lo que quiera; el mimo, ni se diga. ¿Por qué? Los niños descubren quién es el rey; ni el león, ni el malabarista, ni el trapecista, sino el payaso. Los payasos son

los verdaderos intelectuales del circo, círculo; no cuadrado, ni triángulo, ni rectángulo.

No existía el tiempo. El tiempo es diferente al tiempo del tiempo, el que es, no el que hay. No existen las leyes, no hay gobierno, ni partidos políticos, religiones, clero, televisión, telenovelas; sólo el circo con su propio tiempo. Otro mundo: el equilibrio, la maroma, los malabares, las contorsiones... de alguna manera equivalente a lo que hacen los políticos en este otro circo... donde yo me formé, los malabaristas sí son malabaristas; los equilibristas sí son equilibristas; los contorsionistas sí son contorsionistas. Aquí son eunucos circenses.

En el circo el espacio es otro y no hay tiempo. Es la nada y el todo. Es peligro, muerte constante; es antisoledad; ahí la preocupación es por presentar los mejores actos, los mejores artistas; los valores no son monetarios... tal vez ahora los circos grandes tengan valores diferentes, pero no hay bancos ni bolsas de valores, ni especulación.

No faltan quienes me pregunten cómo es que puedo vivir de la nada. La respuesta es muy sencilla: soy cirquero.

107

La revolución masculina lleva miles de años y no hemos podido tomar el poder. La revolución femenina lleva menos tiempo, pero ya se agotó. ¿Sabes que han resultado más inteligentes los niños que los adultos? Quienes nos van a salvar, a toda la especie, son los

niños. Vendrá una revolución infantil; y no fallará como la masculina y la femenina.

Siempre he tenido confianza en el futuro de la revolución infantil, en la de los niños lanzados a la calle.

Yo soy un niño de pueblo, de viajes, de circos; a los cuatro años ingresé a la universidad de la calle y quiero seguir siendo niño a mis sesenta y seis años de edad.

Cuando se llega a mi edad, sin ser cooptado, hay que ejercer la libertad; pero la libertad es un lujo que hay que saber manejar.

Tengo muchos amigos porque traigo el tiempo por dentro y lo disfruto de sobra.

Pero con los años he aprendido que los callos también salen en las manos, y a través de ellas el corazón hace que duela todo el cuerpo, o que el cuerpo todo duela. Ésta es la presencia física de lo que llamamos alma.

108

He pensado en la muerte. La muerte es una sucesión de energías distribuidas en espacios infinitos, llena de amor, tranquilidad; energía liberada. Es una liberación de tu energía, que te hace vivir permanentemente, aún muerto.

Cuando muera aumentará la cotización de mi obra.

Cuando estoy agonizando es cuando vendo más. Sano para pagar el hospital más caro.

Cuando esté muerto, muerto me voy a liberar de eso. Mi diálogo, mi convivencia será con la energía pura que es poderosísima y mucho más vital que el hecho de vivir.

Después de ver a la muerte, cinco veces para ser preciso, he llegado a creer que se puede estar más vivo que cuando se vive. Es cuando disfrutas de energía cósmica.

Mientras vives te atrapan religiones, sistemas sociales, convencionalismos... la muerte te libera de todo eso.

Los mayas cambiaban de lugar sus ciudades porque como geógrafos sabían que la vida es movimiento, cambio permanente, no el estatismo que traían los europeos.

Los aztecas nos dieron una lección maravillosa; para ellos era un honor morir, como lo fue para los mayas, coculas, mixtecos, zapotecos, totonacas, rarámuris, purépechas. ¡Fuera lágrimas, que vengan los sones, la marimba, los mariachis, para acompañarme a ese viaje con música, con poesía!

Un difunto ha de sentirse ofendido cuando en lugar de bañarlo con música lo bañan con lágrimas, lágrimas que nadie derramó por él mientras vivió.

Qué privilegio ha de ser conducirte hacia la energía liberada, para participar de la energía total con tu pequeña y humilde energía; es engrandecer tu energía personal. Es participación total con la vida y la muerte o con la muerte y la vida.

Los tiempos y los espacios son inventos de la mente humana. Antes que existiera el hombre sobre la faz de la tierra ya existía ese cosmos de energía total que sólo se encuentra en la muerte.

Quiero morir como he vivido, en la lucha por la vida que es como la lucha por la muerte. ¿Qué cosa es la vida y qué cosa es la muerte? Probablemente la muerte sea la vida; lo estamos viendo en México, cuántos viven muriendo o mueren viviendo. ¿Dónde está la frontera entre vida y muerte? No existe.

Si para vivir necesitas energía, en el morir encuentras energía y participas de ella. ¿Qué es mejor? No sé; pero sí sé que hay muertos vivos y vivos muertos.

Hoy pinto con la misma entrega de siempre, pero me doy tiempo para escribir, para hacer poesía y música. Escribo canciones, escribiré muchas, para cantarlas envuelto en mi petate-féretro, con toda la tranquilidad y el tiempo disponibles; en el campo, al pie de un árbol; y si alguna ley lo impide, que se valgan del clandestinaje, eso me gusta, me gustó cuando había que apoyar a los guerrilleros y a otros luchadores sociales.

Yo ya pinté mi raya; y como soy pintor, la pinté muy bien.

Sí nací subversivo, y como creador de arte soy subversivo porque arte que no es subversivo no es arte, quiero morir subversivo.

¡Imagínate que con tu muerte construyas un árbol pensante y hasta parlante, más de lo que normalmente hace con el viento! Por el viento hablan los árboles, también por los pájaros.

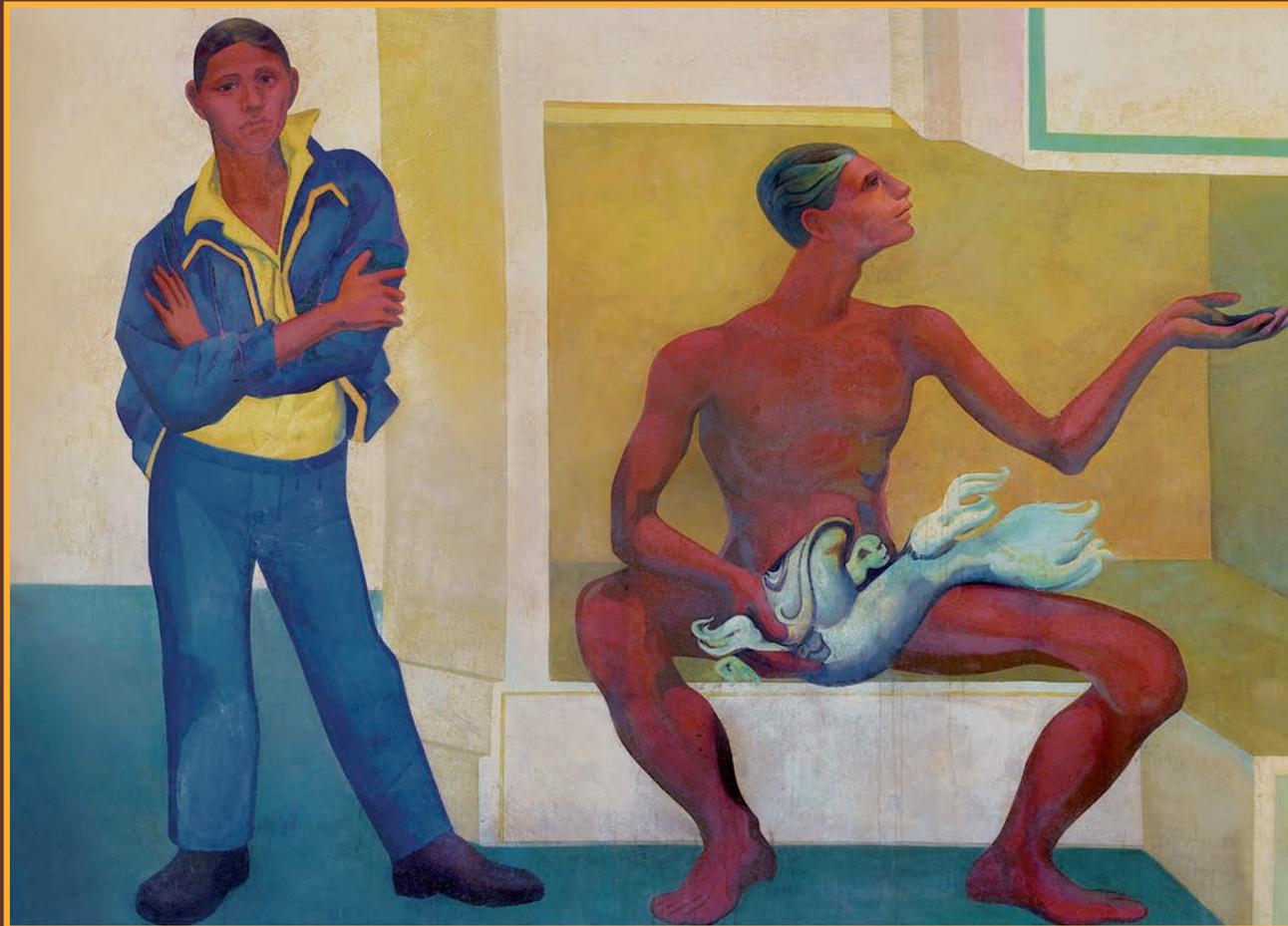
En los grandes espacios me siento más libre...

El rostro verdadero del artista lo traza su encallecida soledad.

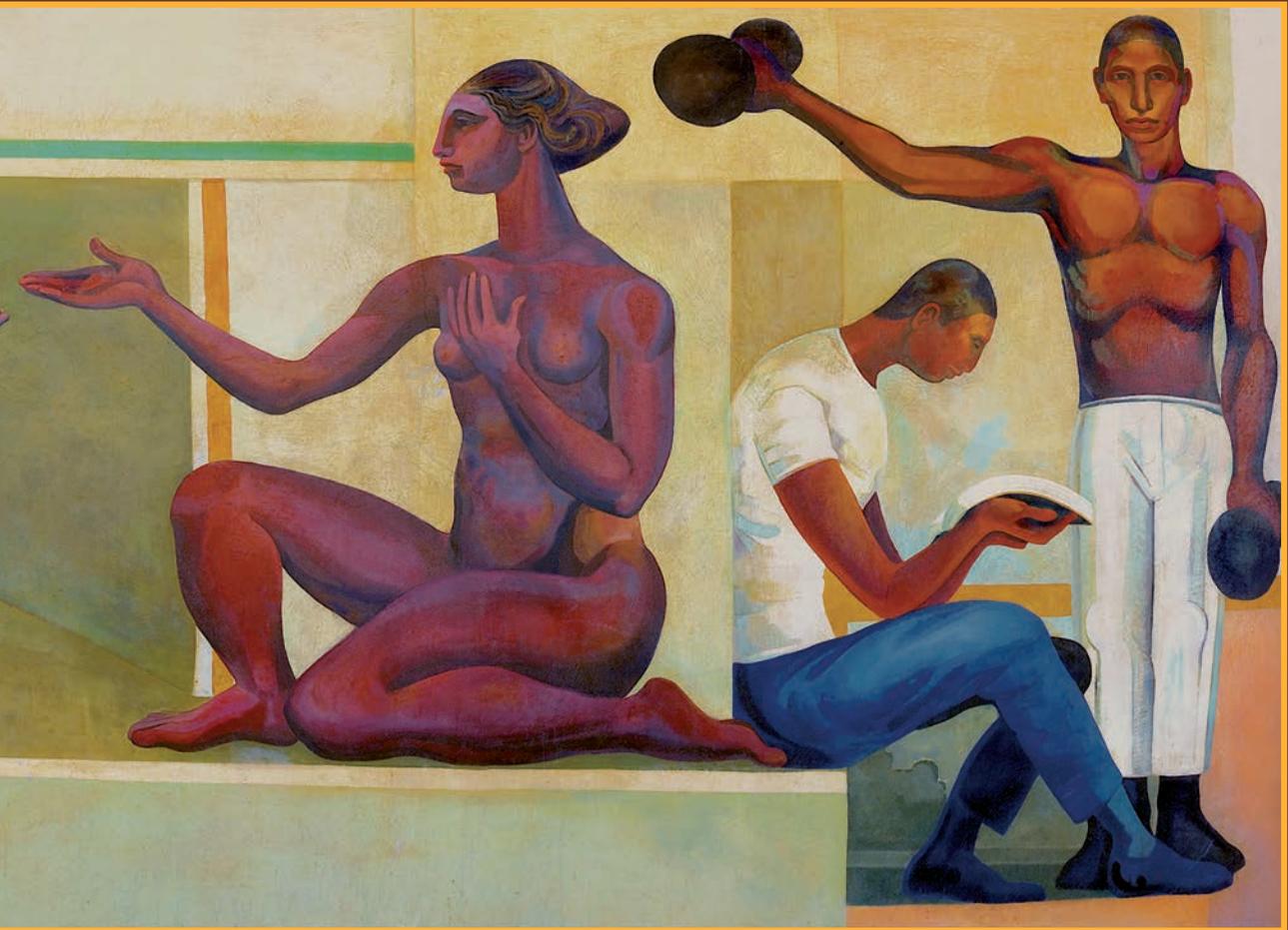
El artista enamorado de su propia obra reblandece los callos de sus manos en agua tibia, por el miedo que le produce esa posibilidad de endurecer el alma con soledad; el talento es callo que debe permanecer endurecido, aunque duela.

En cualquier tlapalería venden esencia de muerto en tambos de doscientos litros, con ellos se cimenta regando el piso donde se construye la casa-féretro en que se muere por primera vez y se espera la segunda muerte.

Dos veces morir no es la soledad que busca el artista.

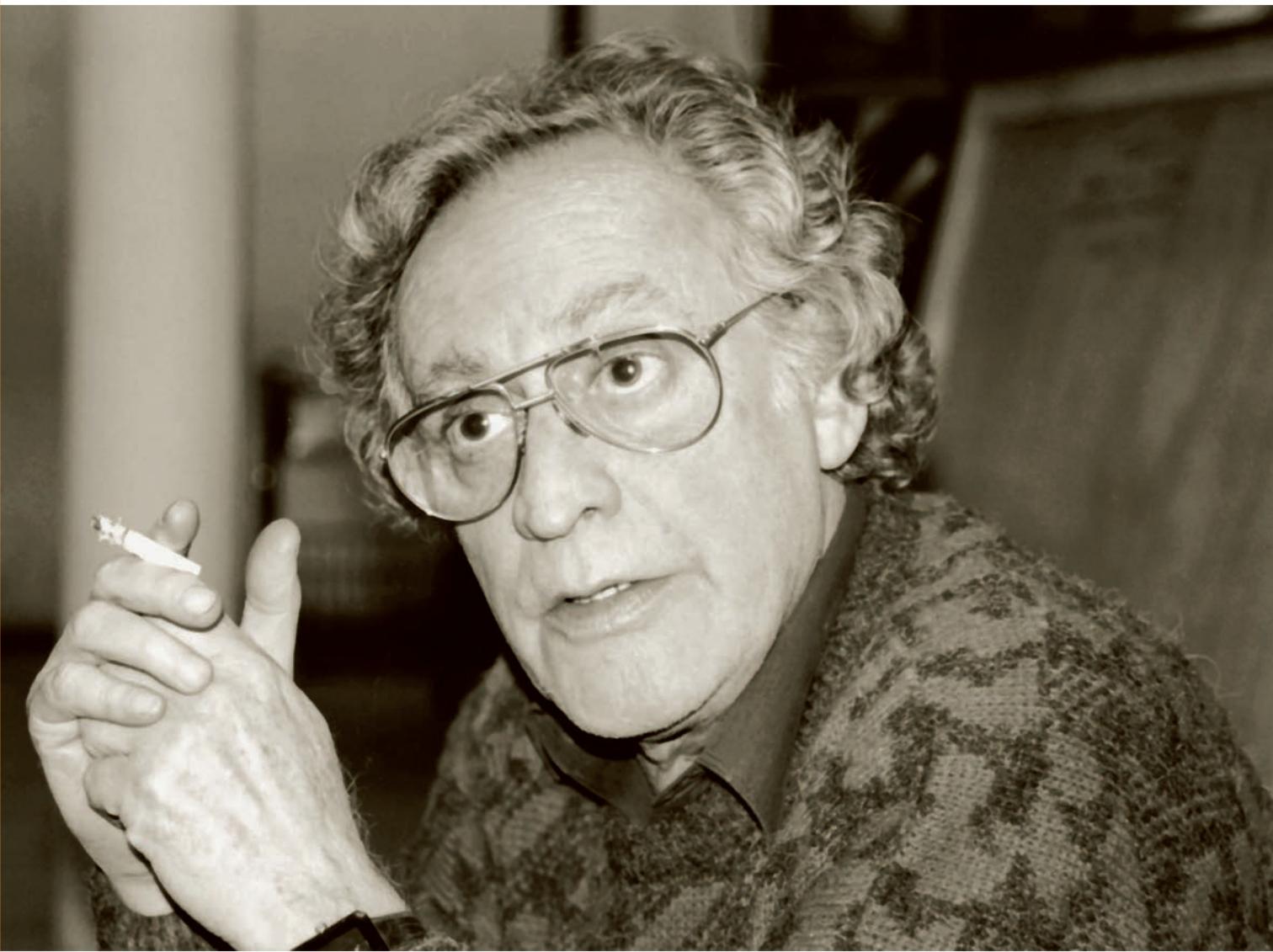


Mural *Adolescencia*, 1964. Técnica: acrílico sobre aplanado de concreto. Fotografía: Héctor Montes de Oca. Se ubica en el pórtico de la preparatoria Antonio María de Rivera y en buen estado de conservación. Esta obra, ilustra a la juventud que descubre sus habilidades, estudia y se prepara para desempeñar un rol social en un futuro.

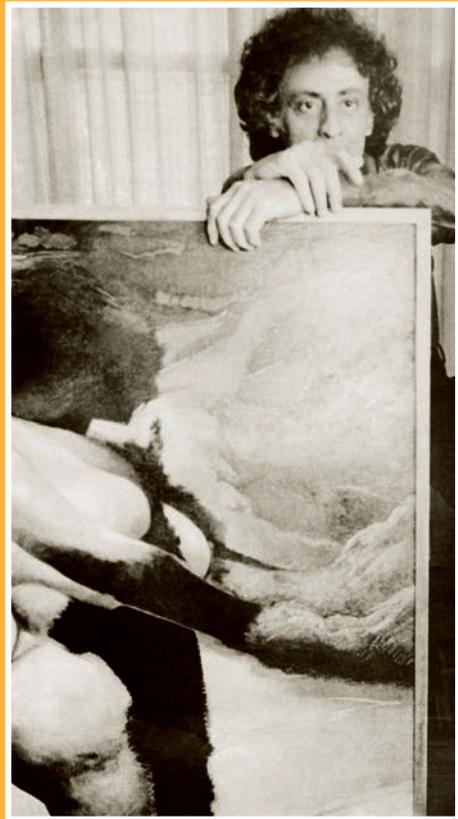




Mario Orozco Rivera en su taller, s/f. Fotografía del archivo familiar de Paloma Orozco.



Mario Orozco Rivera, ca. 1985. Fotografía del archivo familiar de Paloma Orozco.



Superior. Mario Orozco Rivera como alumno y profesor de La Esmeralda. *Derecha superior, Derecha inferior e Izquierda.* Mario Orozco en el taller de José Alfaro Siqueiros, en Cuernavaca, Morelos, donde fue jefe. Fotografías del archivo familiar de Paloma Orozco.

EPÍLOGO

Esta obra fue publicada gracias a la labor de Rafael López Jiménez, quien rescató el manuscrito original. El trabajo de gestión cultural de Rebeca Bouchez Gómez también fue determinante para concretar la presente edición, así como la colaboración de Paloma Orozco y familia. Las fotografías de los murales fueron realizadas por Héctor Montes de Oca, por encargo de la Secretaría de Turismo, Cultura y Cinematografía del Estado de Veracruz en el año 2008.

ÍNDICE

7	PRESENTACIÓN <i>Rafael López Jiménez</i>	-----
19	PRÓLOGO <i>Mario Orozco Rivera</i>	-----
23	Vivir entre dos agencias funerarias...	-----
25	¿Por qué tienen que pasar estas cosas?	-----
26	No fue tan grave que a los tres años de edad...	-----
28	Al cuarto año de mi vida todo cambió	-----
29	Recuerdo que en el cruce de Revillagigedo y Victoria...	-----
32	<i>El hombre de hierro</i> usaba una gran capa de chillante artisela	-----
37	Detesto los homenajes, porque no me he traicionado	-----
38	Me inicié en la pintura...	-----

- 43 Yo nací como muralista en Veracruz

- 46 ¿Quién soy yo?

- 46 Todos los esfuerzos de los pedagogos...

- 47 La geometría fue mi universidad

- 48 Mi ingreso al Partido Comunista Mexicano

- 51 Cuando alguien me hace la pregunta de siempre

- 52 Cuando estudié pintura...

- 55 ¿Cuál es el rostro, el más alto, el más cierto del hombre
del siglo XX?

- 57 ¿A qué sabe un pintor, un poeta, (Igor) Stravinsky,
(Silvestre) Revueltas, a qué saben?

- 57 México es incomparable

- 58 El crítico de arte se aut nombra fiscal...

- 59 A veces me pregunto, ¿por qué resistes tanto?

- 63 El hombre no se conforma con adaptarse a la naturaleza

- 63 Puesto que la concentración de la cultura mundial...

- 64 Arte es sinónimo de subversión

- 64 El trabajo que realicé con Siqueiros en cuatro de sus
murales

- 65 1968, fractura grave, cambio de máscaras

- 67 Es increíble que mis ex compañeros comunistas

- 67 Pensemos en el color de las ciudades

- 69 Es un centro de verano, inmenso, como una ciudad
dentro de otra ciudad

- 71 Y es que nuestro país

- 72 Hoy fue un día merecido

- 73 Cuando descubrí el silencio

- 74 El Bizquito

75	Embarazo	-----
75	Paraíso negro	-----
77	Ser hombre es llorar <i>pa'</i> dentro	-----
81	¿Por qué nos alarma el viento?	-----
82	Hay entes que	-----
83	El éxito	-----
84	La lucha	-----
85	La sencillez: esplendor de la grandeza	-----
85	Los con dinero	-----
85	No soy pobre	-----
86	Cuando consumes	-----
87	Un Alejandrónafovo	-----
88	Orar es llorar	-----

- 89 Vivir es pagar, pagar

- 90 Aquí está el infierno, la gloria, el paraíso

- 90 ¡Qué fácil es escribir

- 91 Si fuera yo

- 93 Dos cojines

- 94 Morir no duele

- 96 Llegaron mis petates frescos

- 97 Bajo la luna

- 101 (Me lo contó Siqueiros)

- 101 Jesús de Nazareth es mi camarada

- 102 Pinto estas letras con ese optimismo que me dan los
colores bañados de verdades bellas

- 102 ¿Alguien ha visto alguna estrella, galaxia, cometa,
planeta o cualquier otro cuerpo celeste cuadrado?

106 Todavía no entiendo la dimensión del error de haber
abandonado el circo

107 La revolución masculina lleva miles de años y no hemos
podido tomar el poder

108 He pensado en la muerte

117 EPÍLOGO



Semejanzas de Mario Orozco Rivera se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2015 en la Editora de Gobierno del Estado de Veracruz, siendo Gobernador del Estado, Javier Duarte de Ochoa, y Directora General de la Editora de Gobierno, Elvira Valentina Arteaga Vega. Cuidado de la edición: Irene Alba Torres. Diseño y formación: Olga Karina de la Cruz Sánchez. El tiraje consta de 500 ejemplares.

